

S.I.P.

**SPACIAL
INTERNATIONAL
POLICE**

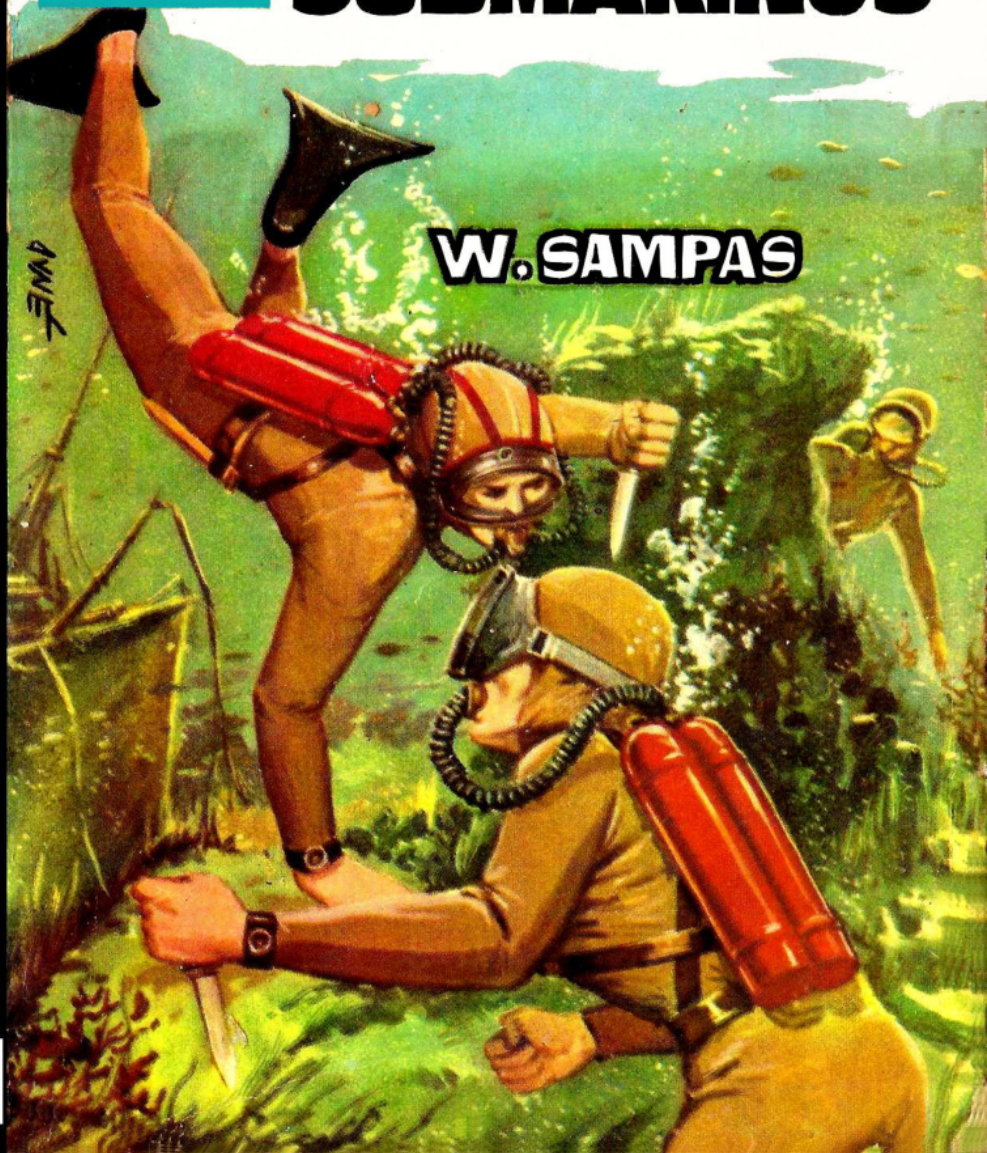
PIRATAS SUBMARINOS

W. SAMPAS

AME

W. SAMPAS PIRATAS SUBMARINOS

SIP



PIRATAS SUBMARINOS



Piratas submarinos

Por

W. SAMPAS



EDICIONES TORAY, S. A.
Arnaldo de Oms, 51-53
B A R C E L O N A

© Ediciones Toray, S. A. – 1961

Depósito legal B. 10.023 - 1961

Número de Registro: 655 - 61

IMPRESO EN ESPAÑA

PRINTED IN SPAIN

Impreso por ED. TORAY, S.A.- Arnaldo de Oms, 51-53 – Barcelona

PIRATAS SUBMARINOS

A black and white illustration of a swimmer in motion, depicted with dynamic, sketchy lines. The swimmer is shown from the side, with arms and legs extended, suggesting a powerful stroke. Bubbles are visible around the head, and the water is represented by simple horizontal and vertical strokes.

CAPÍTULO PRIMERO



O pudiendo reprimir su alegría, Bob apretaba el acelerador de su coche monorreactor, a la vez que miraba pasar el paisaje a una velocidad aterradora.

La euforia le salía por todos los poros del cuerpo.

Ni siquiera la idea de que su esposa no sabía nada podía aminorar el gozo que experimentaba. Sabía que Daisy le perdonaría y comprendería que hubiese ido a Washington antes que a casa. Además, había telefoneado a su domicilio, diciendo a la muchacha que debía salir para hacer un reportaje urgente y que volvería por la noche.

¡Un reportaje!

¡Si Daisy hubiese sabido!

Porque lo que le habían confiado era mucho más importante y demostraba palpablemente que el director del «News» empezaba a tener verdadera confianza en él.

Era el salto que había esperado desde hacía muchísimo tiempo. Y ahora, al darlo, se sentía invadido por una alegría que le inundaba como si algo cálido hubiera penetrado en sus venas.

Al acercarse a Washington, tuvo que hacer un esfuerzo para reducir la velocidad de su coche, para no ganarse una multa. Y se reprimió, mordiéndose los labios hasta que, después de atravesar el Potomac, se dirigió hacia la zona donde estaba enclavada la Central de la Spacial International Police.

Detuvo el coche junto a la puerta, charlando unos instantes con los hombres que estaban de guardia. Y tras haber mostrado su documentación, prosiguió su camino, en el coche, dejando a un lado el imponente edificio que había frente a la entrada, en el que estaban situados los despachos generales y el de Donald Callowan, naturalmente.

Bob detuvo el vehículo, finalmente, junto a uno de los edificios posteriores, en el que había un letrero sobre el frontispicio que decía:

«ESCUELA DE AGENTES»

Momentos después, ya dentro de un gran «hall», el joven se acercó a un plantón, que con el uniforme de los hombres de la SIP, estaba allí, tras un minúsculo despacho.

—Buenos días — saludó Bob—. Soy Roberto Blood. ¿Podría avisar a mi hermano?

El otro sonrió.

—Desde luego. Voy a llamarlo ahora mismo.

Acto seguido hizo funcionar el dictáfono que tenía a su lado. Después, con voz clara, dijo:

—Llaman al señor Blood. Se trata de su hermano. Lo espera aquí — cortó la comunicación.

Se volvió a Bob y le invitó:

—Tenga la amabilidad de esperar unos instantes. Su hermano vendrá en seguida.

—Gracias.

Bob se alejó del despacho, acercándose a las paredes que estaban cubiertas con los retratos de los que habían dado la vida por la SIP. Había muchos — demasiados, pensó él —. Y contemplando aquellos rostros, casi todos sonrientes, se sintió como halagado de que un hermano suyo formase parte de aquella falange de hombres valientes que luchaban, sin concederse el menor descanso, contra los fuera de la Ley.

¿Qué hubiese sido del mundo sin la creación de la SIP?

Las policías locales, muchas de ellas famosas, como Scotland Yard o el FBI, habían sido incapaces de coordinar sus esfuerzos contra los nuevos procedimientos de los criminales. Incluso la conocida INTERPOL no logró, a pesar de sus esfuerzos, detener a los bandidos que, ahora, en el siglo XXI, poseían medios que nunca habían estado a su alcance.

—¡Bob!

Se volvió al ver avanzar a su hermano, a cuyos brazos se arrojó, abrazándose ambos con fuerza.

—Estás muy bien, Davy.

—¿De veras? Tú tampoco estás muy mal. ¿Y Daisy?

—Como siempre.

—Vamos a la cantina. Allí estaremos mejor.

Abandonaron el edificio de la escuela y atravesaron parte del parque para dirigirse a la cantina, que ocupaba un edificio de dos plantas.

Tomaron asiento en una mesa, en el fondo de la sala, pidiendo Davy unas botellas de cerveza.

El joven agente de la SIP era un poco más alto que su hermano y tenía una complexión bastante más robusta que éste. Sin embargo, el parecido era grandísimo y se les hubiera tomado por gemelos, aunque Bob era dos años más joven que su hermano.

Bebieron sendos tragos de cerveza.

Luego, Bob, sonriente, habló:

—Te estarás preguntando el motivo de mi visita, ¿eh, Davy?

—Desde luego, pero espero que me lo digas.

—Sí. ¡He tenido una suerte loca! ¡Ahora empiezo a avanzar en mi carrera!

—No sabes cuánto me alegro. ¿De qué se trata?

—Ya sabes que hasta ahora he llevado la crónica de sociedad de Nueva York. Estaba más que aburrido, pero no podía hacer nada por salir de ella. Después de todo, no llevo más que dos años en el «News».

—Hay que tener paciencia.

—Pero se me estaba acabando, de veras. Ahora es distinto.

—¿Te han dado otro trabajo?

—No solamente eso, hermano. Sino que me han entregado el reportaje más importante del año.

—¿De verdad?

—Como lo oyes. ¿Has oído hablar del «América»?

—¿Te refieres al barco atómico?

—Sí. Es el barco más grande que se ha construido jamás. Imagínate, desplaza trescientas mil toneladas y es un verdadero mundo flotante.

—Sí, así lo he oído.

—¡Pues pásmate, hermano! Robert Blood será el único enviado de la Prensa mundial para hacer el primer viaje con el «América».

—¡Fantástico!

—Tú lo has dicho. ¿Te imaginas los reportajes que voy a escribir?

—Desde luego. ¿Y cuándo sales?

—Mañana al atardecer. Mi director ha hablado ya con el capitán del barco.

Según parece, trasladamos una carga enorme de uranio para las fábricas de Europa y muchísima maquinaria para Oriente Medio.

—Un excelente viaje.

—Muy corto, por desgracia, ya que el «América» alcanza una velocidad de crucero de doscientos nudos (1).

—¡Qué enormidad!

—Sus propulsores atómicos son verdaderamente gigantescos. También es verdad que consume una cantidad tremenda de uranio en el viaje.

—No me extraña.

—Será una experiencia muy interesante, ya que, como tú sabes, los viajes se hacían hasta ahora en los viejos barcos atómicos, cuya velocidad y capacidad eran muchísimo menos importantes. El coste del transporte descenderá en flecha y si todo resulta bien, la Compañía dueña del «América» piensa construir media docena de hermanos de ese gigante.

—Va a ser un viaje estupendo para ti.

—No te equivocas. Todavía no he tenido la ocasión de visitar el barco, pero, por lo que vi hace poco en la TV, es una especie de palacio, ya que a pesar del espacio que ocupan las mercancías, el sitio de los viajeros es suntuoso como el de los mejores buques de pasajeros.

—¿Ya me escribirás, eh?

—¡No faltaría más!

—¿Y qué dice Daisy?

—No lo sabe aún.

—¿Eh?

Bob dijo:

—Es cierto, Davy. Me dieron la noticia esta mañana y me dije que podía venir a anunciártelo a ti primero. Además, aprovechaba la ocasión para despedirme, ¿no te parece bien?

—Sí, pero debes irte y decírselo a tu mujer. Ella no te perdonaría nunca lo que has hecho.

—¡Tonterías! ¿No la conoces? ¡Si siempre me está dando la lata para que vengamos a verte!

—¿Y por qué no lo haces?

Bob se encogió de hombros.

—Eres un hombre muy ocupado, Davy: tu cargo de profesor de cultura física en la Escuela te lleva mucho tiempo.

—Es verdad, pero siempre tengo un rato para vosotros.

Bob se puso en pie.

—Ahora sí que te dejo, hermano. Quiero llegar pronto a Nueva York para

darle a Daisy la buena noticia.

—Tienes razón.

Davy acompañó a su hermano hasta el lugar en que éste había dejado el coche. Allí se volvieron a abrazar.

—Ya te enviaré un cable en plena travesía — prometió Bob.

—Lo espero. Y saluda a Daisy de mi parte.

—No faltaré.

Siguió el coche de su hermano con la mirada, hasta que un recodo del parque lo ocultó de su vista. Sonrió para sí.

Estaba contento y orgulloso del benjamín de la familia que, por lo visto, se estaba abriendo paso en la difícil profesión de periodista. Bob había poseído siempre una imaginación febril y Davy estaba seguro de que su hermano llegaría muy pronto a ser un gran periodista.

Volvió a entrar en el edificio de la Escuela, dirigiéndose hacia el enorme gimnasio, donde le esperaban los alumnos.

—¡Preparados!—gritó, al entrar.

Los muchachos le observaban con admiración. Cuando se lanzó al agua, en la piscina que había en medio de la sala, ellos le siguieron, viéndole nadar con una perfección que ninguno de ellos, por mucho que hiciera, lograría jamás imitar.

* * *

El «América», no pudiendo atracar en ninguno de los muelles corrientes del puerto de Nueva York, estaba fuera, rodeado de trasbordadores que le estaban llenando las calas de uranio y de maquinaria.

Su forma era sencilla y apenas sobresalía un poco la estructura de los cinco pisos que empezaban en cubierta. Ni chimeneas ni palos, ya que las grúas, una vez utilizadas, desaparecían en el interior de sus depósitos especiales.

Pero su masa imponente llamaba la atención a los curiosos que, desde su arribada, no se separaban de los muelles, contemplando al gigantesco barco con sincera admiración.

—¿Qué te parece?

Daisy, desde el muelle, miraba al barco, en el que iba a embarcarse su esposo.

—Es enorme, Bob.

—Una verdadera maravilla. Si en vez de mercancía, llevase sólo pasajeros, podría trasladar una ciudad de población media.

—Es cierto.

Estuvieron unos segundos parados allí, mirando a la nave; después, Bob, volviéndose hacia la mujer, dijo:

—Ha llegado el momento de darme un beso, querida.

Ella se arrojó a sus brazos, sin poder contener las lágrimas que asomaron a sus ojos azules...

—¿Cómo? ¿Lloras? —rio él—. ¡Ni que me fuese a algo peligroso!

—No es eso, Bob... es que se trata de la primera vez que vamos a separarnos...

—Pero por muy poco tiempo, cariño. Dentro de un par de semanas estaré de vuelta.

—Ya lo sé.

—¿Entonces? Además, ya sabes lo que esto significa para mí... para nosotros.

—Es cierto...—había una duda en los labios de ella, que temblaban.

Y él, que se dio cuenta de ello, le preguntó:

—¿Te ocurre algo, Daisy?

Ella sonrió.

—Soy una tonta. Pensaba no decírtelo, pero no creo que hubiese hecho bien.

—¿De qué se trata?

Se cobijó junto a él, como si deseara que sus palabras las oyese él sólo.

Y así, con un susurro, murmuró:

—Vas a ser padre, Bob.

Él la cogió por los hombros, mirándola al límpido fondo de los grandes ojos.

—¿Eh?

No sabía qué decir y se quedó así, inmóvil, con una expresión que terminó por hacer que ella riese.

—¡Vaya cara que has puesto, querido!

—¡Qué feliz me haces, Daisy! —y la apretó entre sus brazos.

—También lo soy yo...

—¡Cuídate mucho, querida! ¿Quieres que me quede? El director enviará a otro en mi lugar.

—¿Te has vuelto loco? No, querido. Yo deseo, tanto como tú, que hagas ese trabajo que tanto significa para nosotros. ¡Quiero que tu hijo esté orgulloso de que su padre sea un gran periodista!

—Sí, sí... ¿pero te sientes bien?

—Perfectamente. Y debe ser la hora, Bob. No vayas a llegar tarde.

—No sé lo que hacer...

—Irte. Anda, dame un beso y sube a la lancha.

Lo hizo profundamente emocionado. Y tuvo que ser ella, la que le empujase suavemente hacia la pasarela.

Bob no despegó los ojos del muelle, hasta que la distancia borró la imagen de su esposa, mezclándola con la de la gente que había a su lado, confundiéndola con la masa gris que cubría el muelle.

Una vez en el barco y tras haber sido subido a un ascensor especial, fue guiado por un hombre, de los quinientos que formaban la tripulación, hasta el puente de mando, de dimensiones impresionantes, donde le esperaba el capitán.

—¿Es usted Robert Blood?

—Sí, señor.

—Yo soy Lew Wiston, el capitán del «América». Encantado de tenerle a bordo. — Se estrecharon la mano.

—Muchas gracias, señor.

—Ya sabe usted que puede moverse con entera libertad por el barco, aunque creo que la información que desea podrá, mejor que en otra parte, recogerla aquí, en el puente de mando.

Le mostró los complicados aparatos de control de aquel gigante de los mares. Había un hombre ante cada aparato y la inmensa sala del puente de mando parecía un laboratorio en vez del interior de un barco.

Camarotes, salas, dependencias, todo había sido construido a lo grande, como si aquel barco tuviera que manifestar su gigantismo en los detalles más ínfimos.

Una hora más tarde, el «América», coreado por las sirenas de todos los barcos que ocupaban los muelles, salió a alta mar, alejándose y adquiriendo rápidamente una velocidad considerable.

—¿Podría acercarme a la proa, señor? —preguntó Bob, cuando vio que el capitán estaba un poco libre de sus ocupaciones.

—¿Qué quiere usted ver?

—Las olas. Debe ser imponente' el abanico de espuma que levantará el barco con su quilla, a la velocidad que vamos.

El capitán sonrió.

—Se equivoca usted.

—¿Eh?

—Lo que oye. Ya comprenderá que la enorme masa del barco tendría dificultades para cortar el agua; por eso, los técnicos que lo idearon previeron esta contingencia.

—¿Entonces?...

—El «América» lleva cuatro «cañones» desintegradores en la proa, lo que hace que el agua se deshaga, reduciéndose a moléculas y creando una especie

de vacío ante el barco que no encuentra obstáculo alguno en su marcha. Eso ha hecho que se despreciase por completo la forma aerodinámica, que no conducía a nada.

—Nunca lo hubiese creído.

—Pues ya tiene materia para llenar unas cuartillas.

—Desde luego.

—Y otra cosa. Le esperamos a cenar, en el comedor de oficiales, dentro de una hora.

—Seré puntual.

Vagó durante aquella hora de un lado a otro, admirando las maravillas que por todas partes se encontraba. Quinientos hombres se ocupaban del coloso que proseguía su impetuoso avance hacia Europa.

¿Podía pedirse más seguridad?

Bob estaba orgulloso del barco, de la época, de los hombres que hacían posible todo aquello y que habían abierto una nueva era en la que, precisamente, iba a nacer su hijo.

CAPÍTULO II



ON el capitán a la cabecera de la mesa, la reunión en el comedor de los oficiales ofrecía un aspecto resplandeciente, como si se estuviese celebrando en un hotel de primera categoría. Las paredes bajo los efectos de la iluminación indirecta, cubiertas con cuadros que reflejaban la historia de la Marina en el mundo, daban al salón un aspecto deslumbrante.

Para aquella primera cena a bordo del «América», el capitán había sacado de su armario el mejor de sus uniformes, siendo imitado por los demás oficiales, que iban vestidos igualmente de gran gala. Robert, con su traje de etiqueta, no desentonaba de ellos y estaba contento de que Daisy no se hubiera olvidado de ponerlo en su equipaje.

Los camareros atendían a los invitados y el capitán sonreía, contento y orgulloso, como sólo un hombre de mar sabe serlo cuando recibe en su nave.

—¿Ha visto usted muchas cosas?—preguntó el capitán a Bob, que estaba cerca de él, a su derecha.

—Sí, señor. He estado visitando las pilas de los reactores.

—¿Qué tal?

—Impresionante. Gracias a que el señor Cronin, el ingeniero, me ha acompañado. De otro modo me hubiese perdido.

—Es un gran trabajo.

—En efecto, señor. ¿Quién iba a pensar que las seis pilas que dan energía al «América» alcanzarían, una sobre otra, la altura de trescientos metros y que su peso total sobrepasaría las doce mil toneladas?

El ingeniero Cronin tomó parte en la conversación.

—Cuando construimos el «América» — dijo —, hubo que calcular, antes que nada, la fuerza que íbamos a necesitar para arrastrar su masa. Y es lógico que debimos poner en marcha el reactor más grande que se había hecho, pues deseábamos obtener una velocidad de crucero apreciable. No debe usted olvidar, señor Blood, que la competencia era grande y que teníamos que luchar con la aviación comercial. Por eso, cuando anunciamos el tonelaje que podíamos transportar, sabíamos que nadie podría luchar coa nosotros.

—¿Y no habrán despertado rencillas peligrosas en la competencia?

—Es posible; pero ¿qué pueden hacer? Se necesitan cientos de aviones para transportar todo lo que nosotros llevamos. Y el coste sería mucho mayor.

—Desde luego.

—No. Las Compañías Aéreas se dedicarán a transportar otras cosas... Hay sitio para todos.

—No mucho, si ustedes empiezan a construir barcos como éste.

El ingeniero sonrió.

—Es la lucha comercial, amigo mío. Las armas legales están permitidas...

Los camareros, una vez concluida la comida, empujaban ahora carritos repletos de botellas de champaña. El estampido clásico se dejó oír en seguida.

Y el capitán, poniéndose en pie, con una copa en la mano, dijo:

—Amigos míos: Es costumbre inmemorial que el capitán del barco brinde por su nave, en su primer viaje. Ya sabemos que una botella fue estrellada contra el casco en el momento de la botadura; pero eso no importa, porque es ahora, mientras cruzamos el mar, cuando el verdadero bautizo ha de hacerse... ¡Señores!

Todos se prepararon para elevar las copas en cuanto el capitán lo hiciese.

Pero en aquel momento, sucedió algo.

Bob no se dio mucha cuenta de lo que ocurría, aunque vio al oficial de guardia que entraba para hablar con el capitán. El oficial se inclinó ante su jefe y le habló al oído.

Éste dejó la copa sobre la mesa, sin continuar el brindis.

—Les ruego que me perdonen un momento — se excusó.

La mayor parte de los oficiales que estaban allí reunidos no pertenecían al cuerpo de navegación, sino que estaban afectados a otros servicios del barco; pero Blood no podía ver la salida del capitán sin sentirse periodista hasta la médula de los huesos.

Y le siguió.

Habían salido el segundo, el ingeniero y el capitán, éste a la cabeza.

Que algo raro ocurría no lo dudaba Bob; pero frunció el ceño al ver que los hombres que le precedían se dirigían hacia los ascensores que conducían solamente a las entrañas del buque.

Llegó junto a ellos cuando ya se disponían a cerrar la puerta. Y dirigiéndose al capitán, a modo de excusa, le rogó:

—¿Me permite que les acompañe, señor?

—Sí.

El ascensor descendió velozmente, deteniéndose poco después. La puerta se abrió y Bob, al salir junto a los otros, se encontró en los departamentos que había visitado precisamente antes de la cena: Las pilas atómicas de los reactores.

Allí encontraron a un hombre pequeño, cuyo rostro expresaba una

ansiedad indescriptible y que se dirigió al ingeniero en cuanto le vio.

—¡Señor Cronin! ¡Señor Cronin!

—Un momento, Tony... Vamos al control.

Avanzaron hasta detenerse ante un muro lleno de relojes cuyas manecillas oscilaban sin parar.

El ingeniero observó atentamente aquella complicada superficie, sin decir palabra; después, volviéndose al capitán, murmuró:

—Es cierto, señor.

—¿Perdemos mucha energía? — preguntó éste.

—Un treinta por ciento ha desaparecido ya, mi capitán —intervino el muchacho llamado Tony, que era el encargado de los reactores.

Pero el capitán miraba sólo a Cronin.

Preguntó:

—¿Cuál puede ser la causa, Peter?

—Lo ignoro.

Hubo un silencio.

Luego, el capitán, cuya voz se había elevado un tanto, exigió:

—¡Hay que hacer algo! No podemos dejar que el barco se quede parado en mitad del Atlántico. ¿Comprenden el ridículo y el fracaso que esto significaría?

—No sé, señor — repuso Cronin —. Lo que está ocurriendo es incomprensible.

—Pero...

—Me quedaré aquí, mi capitán, estudiándolo todo para ver si podemos hacer algo. ¿Va a llamar a tierra?

—¿Está usted loco? No ocurre nada grave, por el momento. ¡No me perdonarían alarmarles por una cosa así! Me subo al puente; allí espero sus noticias, ¡Haga cuanto pueda, Cronin!

—Cuente conmigo, señor.

Salieron de allí, el capitán primero, después el segundo y por último Blood.

El regreso al puente, que hicieron en un ascensor ultrarrápido, transcurrió en completo silencio.

Pero una vez arriba y tras consultar los aparatos, Winston no pudo más y estalló como una tormenta:

—¡Hemos perdido más de la mitad de la velocidad! ¡Justamente con lo que contábamos para el triunfo completo!

El segundo llamó a «reactores»; pero cuando regresó junto al capitán, su rostro mostraba el mismo desaliento que el que reflejaba la cara de su

superior.

—Cronin sigue sin poder descubrir la causa, señor. Dice que es como si la energía se fuese por el casco... ¡se evaporase!

—¡No diga estupideces, Steweens! ¡Eso es imposible!

—Es lo que me ha dicho, mi capitán...

—Esperaremos un poco. Cronin es un muchacho inteligente y estoy seguro de que encontrará lo que ha fallado.

Bob, silencioso, pero cerca del capitán, se estaba preguntando vanamente lo que ocurría en el barco. Hubiera querido hablar con el capitán Winston, pero no se atrevía.

Al fin, éste, al cruzar su mirada con la del periodista, sonrió con tristeza.

—Venga usted aquí, Blood. También me hará a mí mucho bien el hablar un poco.

—Gracias.

Lew le dio un cigarrillo y encendió uno a su vez.

Después miró al joven y expuso:

—Voy a explicarle lo que ocurre, amigo mío; es decir, lo que sé, lo poco que sé... La energía de los reactores ha disminuido de una manera alarmante, frenando la marcha del buque que ahora — echó una ojeada al velocímetro — no llega a setenta nudos por hora.

—¿Estaban cargados los reactores?

—Hasta los topes, como vulgarmente se dice. Lo revisamos todo antes de partir, sin contar con la media docena de ensayos que se habían hecho con anterioridad.

—¿Entonces?

—Todo depende de lo que Cronin sepa. Yo, por mi parte...

Steweens, el segundo de a bordo, se acercó en aquel momento.

—Señor...

—¿Qué hay?

—Nos estamos parando.

—¿Eh?

Una simple ojeada le hizo comprobar que el otro había dicho la verdad.

Se precipitó a uno de los teléfonos.

—¡¡¡Cronin!!! — aulló.

—Sí...

—¡Nos estamos parando! ¿Qué demonios ocurre?

—No es extraño que nos paremos, mi capitán. La energía baja a cero en estos momentos.

—Pero... ¡por cien mil diablos! ¿Dónde va esa energía?

—No lo he podido averiguar, señor. Ya le he dicho al segundo...

—¡Lo sé!— interrumpió el capitán, fuera de sí—. ¡Y no tengo ganas de oír más tonterías! Usted es ingeniero, uno de los que construyó el «América».

Y tiene la obligación de saber lo que ocurre. Todo lo que pase en la sala de reactores es de su incumbencia, Cronin.

—Hago lo que puedo, señor...

—También lo sé. Entonces, ¿no hay nada que hacer con la energía?

—Me temo que nada.

—¿Y el uranio que llevamos en las calas?

—¿Qué quiere usted decir?

—¿Podríamos emplearlo para cargar con él los reactores?

—Imposible.

—¿Por qué?

—Porque el uranio que transportamos debe ser reactivado en fábricas especiales. Ya comprenderá usted que hubiese sido peligroso transportarlo de otra manera.

—¡Maldita sea! ¿Es que vamos a tener que pedir socorro? ¿Nosotros? ¿El «América»?

—Mucho me temo que sí, señor.

El capitán colgó.

Bob se había percatado de cuánto hería, aquella situación al orgullo del viejo lobo de mar. Seguro que hubiese deseado cualquier otra cosa, una catástrofe de verdad, antes que el ridículo que iba a correr por culpa de la misteriosa huida de la energía.

Miró a su segundo y preguntó:

—¿Marcha?

—Nula, señor. Estamos parados.

—¿Rumbo?

—Hemos mantenido el mismo, mi capitán; pero iremos cambiando al ritmo de las corrientes marinas, ya que estamos al paio (2).

Lew cerró los puños.

—¡Nunca, hubiera creído en una cosa como ésta! ¡Va a ser mi deshonra como capitán!

Nadie dijo nada, pues todo el mundo comprendía que las palabras del capitán Winston encerraban una gran verdad.

¿Quién le querría como capitán después de tan estrepitoso fracaso?

Y no importaba que la culpa no fuese suya: un capitán es siempre

responsable, ocurra lo que ocurra., de la suerte de su navío. Por algo se dice que el capitán es el dueño del barco después de Dios.

Miró al periodista y dijo con desaliento:

—No hay más remedio, amigo mío... tendremos que rendimos a la evidencia...

—¿Qué va usted a hacer?

—Llamar a Nueva York.

Había un tono tan impresionante en las palabras del capitán, que Bob no pudo evitar un estremecimiento.

Winston se dirigió hacia el empleado que manejaba la potente emisora. Se veía, en su modo de andar, que el capitán estaba haciendo un verdadero esfuerzo para tomar aquella decisión. Y sus pasos tenían algo de los de un condenado a muerte que avanza hacia el cadalso, rechazada toda petición de clemencia.

Bob se pasó la mano por la frente, no extrañándose nada al notar que tenía la piel empapada de un sudor frío.

El capitán estaba ya junto al transmisor.

—Prepara un mensaje para Nueva York, muchacho.

—Sí, señor...

Y en aquel momento, el segundo corrió hacia su superior.

—¡Mi capitán! ¡Mi capitán! —llamó.

Lew se volvió con una sincera expresión de esperanza, con la creencia de que Cronin había terminado por arreglar los reactores.

—¿Qué ocurre, Steweens? —inquirió, con ansia.

—¡Nos hundimos, mi capitán!

Winston le miró como si estuviese en presencia de un loco.

—¿Eh? —balbució.

—¡Nos hundimos sin remedio, señor! El agua está invadiendo la cubierta...

No era necesario salir de allí para darse cuenta.

Por eso, el capitán se precipitó al control de niveles, comprobando que su segundo había dicho la verdad. Pero no creía todavía.

Y seguido por el periodista, avanzó hacia el extremo del ancho puente y echó una ojeada al exterior.

La luna era lo suficientemente intensa como para dejar ver con claridad meridiana, el espectáculo del mar que corría ya por la cubierta, unos pisos más abajo. La situación era horrible.

Y fue entonces cuando la oscuridad le rodeó por completo. La última reserva de energía, que aún quedaba y que, con toda seguridad, Cronin, en las entrañas del barco, luchaba por conservar... se había terminado.

El capitán corrió hacia el transmisor.

—¡Un SOS! ¡Láncelo! ¡Rápido!—ordenó al radiotelegrafista.

—No puedo, señor. No llevamos baterías...

Y era natural, pues con la impresionante fuerza de los reactores, era absurdo llevar baterías, ya que la energía de las pilas hacía obvio el empleo de cualquier otra fuente de fuerza.

El silencio, un silencio terrible, cayó sobre ellos.

Bob sintió que su corazón se ponía a latir con fuerza extraordinaria.

—¡Hay que salir de aquí! —gritó alguien.

El capitán exclamó:

—¡Sálvese quien pueda!

Era el grito de siempre, pero ahora tenía una fuerza especial, un realismo idóneo, puesto que el agua golpeaba ya los cristales del puente.

¿Salvarse?

Había sido demasiado rápido el hundimiento para que un solo hombre consiguiese salir a cubierta. Y aunque lo hubiese hecho, ¿qué habría conseguido?

Hubieran tratado de locos a los constructores de aquel gigante de los mares si le hubiesen agregado unas inútiles y ridículas barcas de salvamento.

¿Lanchones de emergencia al «América»? ¡Era para reír!

Un coloso como aquél, capaz de atravesar el Atlántico en un tiempo récord, con una reserva de energía que le permitía, en caso necesario, permanecer en el mar durante meses y hasta años.

Un rugido espantoso señaló el momento preciso en que la tremenda masa del barco se hundía definitivamente en el agua. Fue como el hervir de una olla descomunal.

Luego, nada...

* * *

Trescientos aparatos especiales y cerca de quinientos barcos salieron, a la mañana siguiente, en busca del «América». Pero sin resultado.

Un grupo de submarinos atómicos se sumergió en el mar, hasta la profundidad que les era permitida para su propia seguridad, utilizando detectores de todos los modelos para averiguar si el barco se había hundido o estaba encallado en algún banco de arena. Pero tampoco consiguieron nada.

Tras aquella jomada de inútil búsqueda, los aviones, los buques y los submarinos comunicaron a sus respectivas bases los resultados negativos de su búsqueda.

Y aquella misma noche, los periódicos de todo el mundo, las emisoras de radio y televisión hacían saber que el «América», el más colosal de los barcos

que el hombre había construido jamás, se había perdido misteriosamente.

Como si el mar se lo hubiera tragado.

CAPÍTULO III



ALLOWAN miró al agente.

—Siéntate, muchacho.

Y cuando David lo hubo hecho, el jefe de la SIP lo miró y esperó a que el joven rompiese el silencio.

Blood se decidió:

—Mi hermano iba en el «América», señor.

—Lo sé. Me acaban de dar la lista de las personas que viajaban en él.

—¿Y qué piensa usted de lo ocurrido?

—Estoy hecho un verdadero lío, muchacho. No se ha encontrado ni un solo cadáver, lo que parece indicar que el barco se hundió de repente, cosa que los constructores se niegan a admitir de ninguna forma.

—¿No iba uno de los ingenieros en el barco?

—Sí. Y uno de los mejores: un ingeniero llamado Peter Cronin, cuya misión era vigilar la marcha de todo.

—¿Pero qué habrá ocurrido?

—No lo sabemos. Los submarinos han trabajado intensamente, a profundidades bastante grandes, siguiendo la ruta de la última anotación de rumbo que dio el «América». Pero no han descubierto nada. Y eso es lo extraño, porque un buque como ése no se hunde así como así.

—Además, señor: ¿cómo es que dejaron de llamar? Si algo extraño hubiera ocurrido, el capitán, creo yo, hubiera enviado en seguida un SOS.

—Desde luego. Tampoco podemos pensar en que les faltó la energía, puesto que jamás barco alguno tuvo una cantidad tan gigantesca de fuerza en su interior.

—¿Entonces?

—Es un misterio. El Consejo Mundial está interesado en el asunto y me han llamado hace poco para pedirme mi parecer; pero ¿qué puedo decirles yo? Tendrán que seguir investigando, empleando todos los medios que poseen.

—¿No habrá sido atacado, señor?

Callowan frunció el ceño.

—¿Atacado? ¿Por quién?

Y como David no dijese nada, continuó:

—No estamos en el tiempo de los piratas, Blood: eso pasó ya a la historia. Y si hubiera habido alguno dispuesto a apoderarse de la riquísima carga del «América», ¿quién se atrevería con un coloso como él? Porque si alguien hubiera podido hacerlo, ¿cómo hacer desaparecer al «América»?

—Es cierto.

—Por otra parte, para llevarse la carga del «América» se hubieran necesitado medio centenar de barcos corrientes, que no hubieran podido alejarse lo suficiente para no ser vistos por los que salieron en busca del buque desaparecido. No, es imposible, Davy...

—Tiene usted razón; pero, de todos modos, ¿qué ha sido del «América»?

—A mí también me gustaría poder contestar a esa pregunta, muchacho. Pero, por el momento, tendremos que dejar que los investigadores de la Compañía que construyó el «América» nos comuniquen algo. De todas maneras, no creo que por ahora tengamos que forjarnos ideas fantásticas sobre lo que haya ocurrido. Para mí, sencilla y desgraciadamente, el «América» se hundió a causa de una explosión o por un accidente desdichado.

—Imposible, señor. Y usted lo sabe. De haber ocurrido así, se hubiesen encontrado restos.

—Es posible. Ahora, muchacho, vuelve al gimnasio y no pierdas las esperanzas.

—Quisiera ir a ver a mi cuñada. La mujer de mi hermano Robert...

—Muy bien, pero no aumentes su dolor. Puede que se descubra que los tripulantes han conseguido salvarse.

—Ojalá sea así, señor.

Nada más que salir David del despacho de su jefe, éste llamó por el interfono al doctor Sullivan.

Y cuando el doctor se personó en su despacho, Callowan le explicó:

—David Blood acaba de salir de aquí, Pat, y pasará por tu despacho para solicitarte permiso, puesto que los gimnastas dependen de tu departamento. No lo hará ahora mismo, pero no tardará mucho en ir a verte. Yo ya le he autorizado a ausentarse.

—¿Y qué?

—Quiero que envíes a alguien detrás de él. Su hermano iba en calidad de periodista en el «América».

Y el muchacho está muy afectado. No quisiera que hiciese una tontería.

—¿Lo temes?

—Pues... sí. Tú conoces a Blood igual que yo y sabes que no se «tragará» así como así la explicación que se da oficialmente a la desaparición del barco.

—Desde luego.

—Yo no le he dicho nada de nuestros temores y de la versión secreta que se tiene, ya que no hay duda de que algo rarísimo le ha sucedido al «América».

—¿Te ha dicho algo el Consejo Mundial?

—Sí. Querían que nos encargásemos del asunto, pero ya comprenderás que es imposible. Al menos hasta que se hayan agotado las investigaciones que realicen los técnicos de la Compañía. Además, ¿qué haríamos nosotros?

—Es verdad, nada.

—Por eso no quiero que David se nos pierda de vista. Di a un agente que le siga.

—¿Y para qué ha pedido permiso?

—Para visitar a la mujer de su hermano. Creo que vive en Nueva York.

—Ya lo veré en el fichero confidencial. De acuerdo, Donald: lo vigilaremos.

—Tenme al corriente.

—Sí.

Pat volvió a su despacho. Apenas se había sentado cuando le fue anunciada la visita de Davy Blood.

—El director me ha dado permiso, señor. ¿Puedo tomarlo? Ya he hablado con Patner para que me sustituya durante mi ausencia.

—¿Estarás ausente mucho tiempo?

—Un par de semanas.

—Está bien. ¿Adónde vas?

—A Nueva York. Voy a visitar a la esposa de mi hermano que, como ya sabrá, iba en el «América».

—Lo sé, y lamento lo ocurrido.

—Muchas gracias, señor.

Hubo una pausa.

Luego, Sullivan, mirándole fijamente, expuso:

—Quiero hacerte una advertencia, muchacho.

—Usted dirá, doctor.

—Ya sabes que ningún agente de la SIP puede obrar a su antojo, sin autorización de la Central. Lo sabes, ¿verdad?

—Sí.

—Pues no lo olvides: es un consejo de amigo, muchacho.

—Se lo agradezco mucho, señor. Hasta la vuelta.

—Adiós.

Daisy estaba destrozada y David tuvo que luchar lo suyo para hacerle comprender que no podía abandonarse en aquellos momentos.

—Nada me importa, Davy... nada...

—¿Y tu hijo?

—¿Cómo lo sabes?

—Bob me envió un cable poco después de partir. ¿Es que no se comunicó contigo?

—Sí.

Y sacó un papel azul del bolsillo, tendiéndoselo a su cuñado, que leyó el contenido:

«DE “AMÉRICA” EN RUTA A NUEVA YORK STOP
SEÑORA BLOOD LINCOLN 342753, 185 ST, COLVIN NY
STOP VIAJE EMPEZADO STOP TODO MARAVILLOSO
TELEFONEARÉ MAÑANA POR LA MAÑANA CUIDATE
MUCHO STOP BESOS BOB STOP.»

David miró la hora de envío y frunció el ceño.

El cable había sido emitido por el «América» a las nueve y quince, poco antes de la hora de la cena. Él sabía, por lo que habían publicado los periódicos, que el último cable recibido del barco había llegado a Nueva York a las diez y media, en plena cena.

Después, nada...

Luchó todo aquel día para conseguir que Daisy se dejase llevar a una clínica de la ciudad, donde la dejó confiada a los cuidados de un eminente doctor que le dijo que podía irse tranquilo.

Una vez en la calle, David se encontró más solo que nunca. Y al pensar en su hermano cerró los puños, diciéndose que no pararía hasta haber descubierto lo que había ocurrido en realidad.

Entró en un bar y pidió un «whisky».

Estaba anonadado, pues, realmente, aunque ansiaba ayudar a su hermano, si estaba aún vivo, no sabía por dónde comenzar. Por otra parte, no había olvidado las palabras de advertencia que el doctor Sullivan había pronunciado antes de salir de la SIP.

¿Es que sospechaban ya lo que él pensaba hacer? Sonrió.

Era evidente que Callowan había adivinado sus intenciones y se lo había comunicado al doctor para que éste le hiciese las advertencias pertinentes. Pero estaba dispuesto a investigar, fuera como fuese, aunque le costase años hacerlo. Convencido de que el «América» había sido víctima de algo sucio, no le cabía en la cabeza que la SIP se cruzase de brazos mientras quinientos

tripulantes, quinientos uno con su hermano, desaparecían al mismo tiempo que un buque cuyo cargamento valía una fortuna incalculable.

¿Es que cosas como el «América» podían evaporarse de aquella manera?

—Otro «whisky», señorita.

La camarera obedeció, acercándose a él con una melosa sonrisa en los labios.

—¿Es necesario emborracharse para buscar un poco de felicidad? —le preguntó, mirándole fijamente a los ojos.

David se limitó a pagar y salió del establecimiento.

Fue entonces cuando se dio cuenta de que alguien le seguía.

Por el momento, se sintió extrañado y hasta un tanto nervioso; pero su cerebro le hizo razonar, diciéndole que nadie que no fuese de la SIP podía seguirle.

No había la menor duda de que Callowan le había hecho seguir para evitar precisamente lo que él deseaba hacer.

Un hombre joven iba detrás de él, a una buena docena de metros. De no haber sido agente de la SIP, como el otro, David no se hubiera percatado de que le seguían, ya que el seguidor era un verdadero maestro en el arte del disimulo.

Blood reflexionó unos instantes, llegando a la conclusión de que debía hacer algo para perder el «contacto» con la SIP, sin lo que le sería imposible dedicarse libremente a investigar por su cuenta.

«El “Viejo” ya lo dijo —pensó—. Debemos esperar a que los técnicos investiguen en el mar; pero ¿debo esperar yo? ¡No! Porque estoy seguro que todo se limitará, cuando encuentren los restos del “América”, a decir que se ha tratado de un accidente... ¡Y yo estoy seguro de que no ha sido así!»

Era precisamente aquella seguridad, que era más intuición que otra cosa, la que le quemaba dentro del pecho, produciéndole una sensación dolorosa y llena de ansiedad al mismo tiempo.

«Tendré que golpearle», se dijo.

Se daba cuenta de que si hacía aquello podría ser expulsado de la SIP o castigado duramente por Callowan. Pero no tenía otro remedio.

El hombre que le seguía no se despegaría así como así y lo tendría detrás de él por mucho que hiciese para despistarse. Eran muchos años de entrenamiento lo que habían hecho que aquellos hombres de la Spacial International Police fueran infalibles en los trabajos de vigilancia que se les encomendaban.

Había llegado a uno de los barrios cercanos a los muelles. Las calles estaban mal alumbradas y el ambiente era propicio para llevar a cabo su decisión.

El hombre continuaba en su persecución, como una sombra. David no conseguía muchas de las veces percibir los pasos del otro y se veía obligado a poner todos sus sentidos al acecho para convencerse de que el otro no se separaba ni un solo momento del camino que llevaba él.

Avanzó un poco más, escondiéndose de repente en el profundo quicio del portalón de un almacén a aquellas horas cerrado.

Tuvo que hacer un tremendo esfuerzo de voluntad para decidirse a obrar de aquella manera, ya que le repugnaba hacer el menor daño a un compañero de la SIP. Y aunque estaba seguro de no conocerle personalmente, poco le importaba aquel detalle insignificante, si debía atacarle como se había propuesto.

El otro llegó junto a él, andando lentamente, como si temiese la trampa que le habían preparado.

Pero David fue más veloz que él. Un golpe seco en el cuello, dado con el canto de la mano, hizo que el hombre se desplomase blandamente a sus pies.

David se estremeció.

Todavía dudaba, de inclinarse y atender a aquel hombre, pidiéndole después perdón, pero el recuerdo de Bob, de la visita que le había hecho antes de embarcarse y la imagen deshecha de Daisy fueron más fuertes en la balanza de su conciencia y le impulsaron a seguir con su primitivo plan.

Se alejó velozmente, adentrándose en el barrio, en busca de un lugar donde ocultarse, sin idea aproximada aún de lo que debía hacer ahora, cuando había conseguido verse libre de la vigilancia de la SIP.

Un farol azulado, que el viento marino hacía moverse con un balanceo quejumbroso, le atrajo. Y momentos más tarde penetraba en una de esas tabernas clásicas en todos los puertos, repletas de marinos y de humo de tabaco, adicionado con el olor de las bebidas fuertes.

Avanzó por el estrecho espacio que las sucias mesas dejaban entre sí, apoyándose finalmente en el cinc del mostrador, tras el que había un hombre en mangas de camisa, desabrochada en su parte alta y dejando ver el vello rojizo que cubría su pecho, así como sus antebrazos en los que los músculos sobresalían como cables ocultos.

—¿Qué quiere? — preguntó el tipo.

—Un «whisky».

David no acostumbraba a beber y mucho menos con el severo régimen que como profesor de Educación Física debía observar en la Escuela de la SIP; pero ahora, sin saber cómo, deseaba sentir el alcohol en su cuerpo, en busca de una distracción a su torturado espíritu.

El del bar le sirvió un vaso y David empezó a beberlo, dándose cuenta de que aquello era sumamente fuerte; pero, al mismo tiempo, una sensación de agradable calor le invadió, serenando un poco su mente.

—¡Eres un embustero!

El grito de uno de los marinos hizo que se volviese un tanto, viendo a un grupo de ellos que discutían fuertemente, sentados alrededor de una mesa llena de botellas y vasos.

El que había gritado era un hombre seco, alto, huesudo, de rostro poco cuidado y que mostraba una barba de varios días.

—Te digo — replicó el otro, uno bajito y de cara coloreada — que si ese barco se hubiese hundido a poca profundidad, Scully buscaría sin necesidad de escafandra.

—¡Bah! Quieres hacernos creer cosas imposibles. Supongamos que estuviese hundido a medio centenar de metros...

—¿Y qué?

El barbudo miró a los otros, como si deseara que fueran testigos de su triunfo.

—¿Y qué? Muy sencillo... Un hombre, por muy rápido que sea debajo del agua, tardará cerca de un minuto en llegar al fondo... pongamos medio minuto para mirar en el fondo... y otro minuto para regresar a la superficie... ¿Sabes cuánto tiempo hace todo eso que dices?

—Dos minutos y medio.

—¿Te das cuenta? ¡No hay nadie que los resista! Llegaría con los pulmones hechos polvo a la superficie.

—¡Yo te digo que no, increíble! Scully es capaz de estar tres minutos bajo el agua. Y creo que estaría más tiempo si se lo propusiese.

—¡Ve a contarle eso a otro!

—Tú no le has visto. Fíjate si es un tipo excepcional, qué ha dejado de trabajar como nosotros y ahora puedes verle con un flamante coche de su propiedad.

—¿Para quién trabaja?

El otro sonrió.

—Eres demasiado curioso, Walter. Si fueses un tipo como Scully, ya me encargaría yo de presentártelo y puedes estar seguro de que ganarías el dinero a espuertas. ¡Pero tú y yo ya no valemos para eso y tenemos que aguantarnos ganando cien créditos a la semana!

—¡Mucho cuento! Hoy has venido con ganas de contar embustes como casas... ¡Qué le vamos a hacer!

—No me crees, ¿verdad?

—Ni yo ni nadie. Y para demostrarte que todo lo que has contado no es más que un «farol», voy a apostarte doscientos créditos a que no me encuentras un tipo que sea capaz de estar tres minutos bajo el agua.

—¿Crees que Scully va a molestarse por doscientos miserables créditos?

—¡Ésa es tu salida! Los embusteros tienen siempre argumentos...

David había estado escuchando, con una atención cada vez más intensa, las palabras de aquellos hombres, sobre todo las del gordito.

Por eso, adelantándose, se acercó a la mesa ocupada por los que discutían.

Y mirando fijamente al barbudo exclamó, en tono de desafío:

—¡A ver esos doscientos créditos, amigo!

Walter le miró asombrado; después, frunciendo el ceño, preguntó:

—¿Quién te ha dado vela en este entierro, amigo?

—¿No querías apostar?

—¡Desde luego! Pero quiero que me presentes al tipo capaz de lanzarse al agua y estar tres minutos sin asomar la cabeza.

—Lo tienes ante ti.

Walter lanzó una carcajada.

—¿Tú? — preguntó, con lágrimas en los ojos a causa de la risa.

—Sí.

Fue entonces cuando intervino un individuo, que se hallaba un poco apartado.

Se había levantado y acercándose a David, le puso una mano sobre el brazo y le habló en voz baja.

—¿De verdad que sería capaz de hacerlo, amigo?

—Desde luego.

—Yo apostaría por usted si estuviese seguro de ello.

—No hace falta. Yo apostaré por mí mismo.

Sacó la cartera y sacó de ella dos billetes de a cien.

—Aquí está el dinero — dijo.

—¡Vaya suerte la mía! —exclamó Walter—. Voy a ganar el dinero como nunca lo gané...

Hurgó en sus bolsillos y sacó montones de monedas que fue contando hasta reunir los doscientos créditos.

—Tú serás quien los guarde, Fly — dijo al gordo —. Coge el dinero de ese tipo.

El otro obedeció.

Walter miró a David y dijo:

—Supongo que tendremos que esperar a mañana a mediodía.

—¿Para qué?

—Para que el agua esté un poco caliente.

—Lo haré ahora mismo.

La efervescencia que despertaron aquellas palabras fue increíble. Y a las apuestas ya hechas se unieron muchas más.

Todo el mundo hablaba y gritaba. Hasta que David cortó el griterío.

—¡Basta! —dijo—. Vayamos al puerto y lo probaremos ahora mismo.

El local se quedó vacío.

Y mientras se dirigían al muelle más próximo, David se decía Si había obrado cuerdamente al hacer aquello. No perdía de vista a Fly que iba a su lado.

Su interés se centraba en aquel hombrecillo con el que pensaba tener una larga conversación cuando hubiera terminado la prueba.

Llegaron al muelle, que se hallaba libre de barcos. Los focos de una grúa vecina iluminaban ampliamente el agua.

—¿Quién controlará el tiempo? —preguntó David.

—Yo mismo — dijo Fly, y sacó un reloj cronómetro.

Walter advirtió:

—Cuidado, muchacho... no te alejes demasiado. No quiero trampas.

Blood sonrió con desprecio. Luego se desnudó en un abrir y cerrar de ojos.

CAPÍTULO IV



La agua estaba fría, pero David no se apercibió siquiera de ello, ya que la costumbre había endurecido su piel y las pruebas hechas en las piscinas de la SIP eran, generalmente, mucho más duras que aquélla.

Se sumergió y nadó acompasadamente hacia el fondo, procurando realizar el menor esfuerzo posible.

El control de la respiración era una de las cosas más difíciles de conseguir, ya que la resistencia bajo el agua no dependía sólo del nadador, sino que el organismo jugaba el más importante papel en ello (3).

Por eso, procuraba retener el consumo de oxígeno, dejándose llevar por el impulso de la caída. Mentalmente, ya que no llevaba reloj, iba contando los segundos, espaciándolos más bien de más, ya que estaba decidido a dar una buena sorpresa a los de arriba.

Todos los marineros se habían colocado al borde del dique y miraban las negras aguas en las que el joven había desaparecido, dejando unos círculos concéntricos que se iban desdibujando poco a poco.

—¿Cuánto lleva? —inquirió Walter, que estaba al lado de su compañero.

—Un minuto... todavía no...

El otro sonrió.

—No tardará mucho en salir.

Y miró la superficie negra de las aguas, manchadas de aceite, esperando ver la cabeza del nadador de un momento a otro.

Pero los segundos pasaban.

—¿Cuánto? —volvió a preguntar.

—Dos minutos.

Walter frunció el ceño.

Estaba tan seguro de ganar que la sola posibilidad de no lograrlo le parecía imposible.

—¿Cuánto?

Fly sonrió.

—¿Quieres dejar de preguntar?

—¡Di cuánto, bola de grasa!

—Dos minutos y tres segundos... cuatro ahora... ¿Contento?

—Falta mucho para los tres minutos. Reventará antes...

Los otros contemplaban en silencio las aguas y la expresión de sus rostros denotaba la emoción que estaban experimentando.

—¿Cuánto lleva?

—Faltan once segundos para los tres minutos.

Walter se mordió los labios.

Era imposible que aquel tipo permaneciese tanto tiempo bajo el agua. Seguro de que debía de haberle ocurrido algo.

—¿No se habrá desmayado? —inquirió.

Fly dijo:

—No. Habría salido a flote. Aquí no hay corriente y las aguas no se lo pueden llevar lejos.

La superficie líquida estaba tersa, habiendo desaparecido hacía ya rato los círculos que la caída del nadador habían provocado.

—¡Tres minutos! —exclamó alegremente Fly.

—¡Espera!—rugió el otro—. ¡Todavía no has ganado!

—¿Por qué no?

—Porque no ha salido...

—No tardará en hacerlo...

Un nuevo silencio cayó sobre aquellos hombres que empezaban a experimentar una intranquilidad sincera.

—Te digo que debe de haberle ocurrido algo. ¡Era un fanfarrón!

—No lo creo.

Walter lanzó una carcajada, que ninguno aprobó.

—¡He ganado! ¡He ganado!

—¿Por qué?

—Porque dijimos que si ese tipo salía al cabo de los tres minutos, ganarías tú... pero no ha salido.

—¿Y si lo hace?

—¿Estás loco? Cuando lo haga tendremos que salir corriendo antes de que la «poli» venga a meter las narices en esto.

Fly se sintió perdido.

Otro de los marineros se acercó para preguntar:

—¿Cuánto lleva debajo del agua, Fly?

El gordo consultó su reloj y repuso:

—Faltan diez segundos para cuatro minutos.

—Debemos irnos. Esto huele mal. Cogeremos su ropa y nos la llevaremos...

Un rumor de aprobación recorrió a los reunidos.

—¡Sí, vámonos!

Pero en aquel momento, Fly, que seguía junto al borde, gritó:

—¡Ahí está!

Todos corrieron para ver que, en efecto, David salía del agua, como lanzado por una catapulta, para respirar el oxígeno que tanta falta le hacía ya.

Respiró varias veces y avanzó después, nadando suavemente hasta la escalerilla del muelle, por la que subió rápidamente. Recogió su camisa y se frotó el cuerpo vigorosamente. Mientras, sonreía con burla.

No tardó mucho en vestirse, satisfecho de la expresión de asombro y admiración que se pintaba en todos los rostros.

—Hemos ganado, ¿eh, Fly? —preguntó una vez vestido.

—¡Desde luego, muchacho! Aunque me has hecho pasar unos malos momentos.

Walter no decía nada. Miraba a David como si fuese un ser procedente de otro planeta. Más, después de todo, había perdido y tenía que conformarse con ello.

Se acercó a David y le tendió la mano, que el otro estrechó cordialmente.

—¡Eres un tío grande, chico! Si no lo hubiera visto, nunca lo habría creído...

Todos querían llevarse a David a la taberna para convidarle; pero Fly, que no se había separado del joven ni un solo instante, le cogió por el brazo, musitándole en voz baja:

—No les hagas caso, chico, y vente conmigo.

Era aquello lo que deseaba Blood precisamente.

No les fue muy difícil escapar a los demás. Y juntos caminaron en silencio.

Fly guiaba.

—¿Vives por aquí cerca? —preguntó al joven.

—No. He llegado de Atlanta esta noche y no tengo casa. Pensaba alojarme en un hotel.

—No lo harás. Te vendrás a mi casa. No está muy lejos.

Caminaron aún diez minutos más, hasta llegar a una casa, ya junto a una avenida y fuera del barrio portuario. Fly sacó una llave y penetraron en el portal; y después tomaron el ascensor que les llevó hasta el piso octavo, donde vivía Fly.

Su apartamento estaba bastante bien amueblado, mucho más de lo que David se esperaba y su nevera estaba bien repleta. El gordo preparó

rápídamamente una cena fría, a base de bocadillos, que comieron con apetito.

—¿Estaba muy fría el agua? — preguntó el gordo mientras tomaban el café.

—Un poco.

—¡Chico, eres extraordinario! ¿Has estado en la marina?

—He hecho un poco de todo.

Fly sonrió.

—No quiero meterme en camisas de once varas, pero puedes considerarme como un buen amigo tuyo.

—Te lo agradezco.

—Si estás en algún apuro, puedes confiarte a mí sin temor.

Y como el otro guardase silencio, el gordo insistió:

—¿Te llevas bien con los «polizontes»?

David sonrió.

—Así, así... no siempre como el perro y el gato; pero casi.

Sonrió Fly también.

—Me lo imaginaba... ¡Choca esos cinco, muchacho!

Se estrecharon la mano. Luego. Fly aconsejó:

—Ahora nos iremos a dormir. Mañana nos ocuparemos de ti, si es que quieres prosperar.

—¿Y quién no lo quiere, Fly?

—Desde luego. Pero un hombre como tú, con unos pulmones como los tuyos, puede ganar mucha «pasta».

—¡Ojalá sea así!

—No te preocupes. ¡Ah!, ¿todavía no me has dicho cómo te llamas?

—David Colter.

—¡Buenas noches, David!

—Buenas noches, Fly.

* * *

Callowan encendió otro cigarrillo, no sin lanzar una dolorida ojeada a la caja de habanos.

Pat Sullivan le imitó y después de lanzar una columna de humo hacia el techo del despacho, dijo:

—Entonces ¿ha sucedido lo que te temías?

—Sí — repuso el jefe de la SIP —Ese muchacho logró zafarse del que le seguía.

Pat sonrió.

—¿Y no era eso lo que tú querías, viejo zorro?

Callowan miró a su amigo; después, una sonrisa afloró a sus labios.

—Es verdad — confesó —, pero ahora estoy un tanto arrepentido.

—¿Por qué?

—Verás. David es un buen agente, aunque no tan experimentado como otros, ya que él ha permanecido mucho tiempo en la Escuela; quizá demasiado.

—Es cierto.

—Cuando se presentó aquí, me di cuenta inmediatamente de que deseaba hacer algo. La desaparición de su hermano lo había puesto fuera de sí y no comprendía nuestra actitud.

—Era natural.

—Desde luego. Pero yo no podía decirle que teníamos las manos atadas, que la Compañía que construyó el «América» no permite que nadie más que sus propios técnicos investiguen el caso y se acerquen a las aguas donde desapareció el buque. Yo no podía decirle que la ley protege a esa Compañía y que es normal que quiera ser ella la primera en conocer lo acontecido, ya que todo su prestigio y su dinero están empeñados en el caso.

—Comprendo.

—Yo no podía hablarle así porque, en principio, no puedo dar a mis hombres una idea de las reales limitaciones de la SIP. Ellos creen que podemos obrar a nuestro antojo; pero, en casos como éste, tenemos que cruzarnos de brazos y esperar a que la Compañía constructora requiera nuestra ayuda.

Dio una chupada al cigarrillo; luego, prosiguió:

—Te digo que me pesa haberle dejado en libertad.

—Entonces, ¿el hombre que le seguía sabía que iba a ser atacado?

—¡Naturalmente! El muchacho que le seguía era uno de nuestros más expertos agentes. ¿Crees que iba a caer en una burda trampa como la que David le tendió? Todo estaba previsto, ya que me interesaba que alguien de la SIP investigase por su cuenta y riesgo, sin permiso directo nuestro. Además, Blood era quien podía hacerlo con motivos más reales.

—¿Temes que ya le haya ocurrido algo?

—Todavía no; es demasiado pronto. Naturalmente, él pondrá mayor empeño en descubrir algo que otro cualquiera, ya que lo que persigue es vengar a su hermano, si es que algo le ha ocurrido a éste. Compréndeme bien, Pat... si hubiese empleado otro agente, aun diciéndole que debía hacerlo al margen de nuestra Organización, nunca se hubiese sentido tan sinceramente identificado con su papel como Blood.

—Desde luego.

—David está convencido de que ha obrado mal con nosotros y que la SIP lo buscará para castigarle. Esto hará que sea sincero ante los que se encuentren con él, ya que el primer convencido será él mismo.

—¡Maquiavélico!

—No digas eso. Ya sabes bien lo que me dolería que algo le ocurriese a ese muchacho.

—Y ahora, que no tienes noticias de él, ¿cómo sabrás si logra algo positivo?

—He de esperar; pacientemente, como un pescador de caña, hasta que el pez pique...

—¿Quieres decir que no podrás ayudar a ese muchacho si está en peligro?

—¿Cómo quieres que lo haga?

Hubo un largo silencio.

El rostro de Donald expresaba su intensa preocupación.

Aplastó el cigarrillo en el cenicero; luego, mirando a Pat, prosiguió:

—No puedo hacer nada por ese muchacho, Sullivan... Tendrá que arreglárselas como pueda.

—Pero no conseguirá nada.

—Eso me temo. ¿Qué puede aclarar en un caso como éste? Tiene muchos menos medios que nosotros y es posible que no conozca los informes que nos proporcionen los técnicos de la Compañía, en la búsqueda que harán de los restos del «América». Andará a ciegas; pero — agregó con una sonrisa — prefiero que ande por ahí, tranquilo, sin estar pendiente de nuestro trabajo, mirándonos con rabia, como si nos exigiera una acción inmediata.

—Tienes razón.

—No creo que le ocurra nada malo, ya que no encontrará rastro alguno. Irá de un lado para otro, en busca de pistas que, casi seguro, si existen, estarán muy lejos de su alcance. ¿No te parece?

—Desde luego; pero quería preguntarte una cosa.

—¿Qué?

—¿Estás convencido del accidente o crees que algo externo ha actuado contra el barco?

—No puedo decidirme por una cosa u otra, Pat. Por un lado, la tesis del accidente me parece la más lógica pues, ¿quién se hubiera atrevido a atacar al «América»? Pero también es muy posible que una traición se haya producido en el interior y que el barco haya sido hundido en algún sitio secreto, cerca de alguna costa, donde no le hemos buscado todavía.

—¿Y qué hubieran ganado con eso?

—Todo.

—No entiendo.

—Pues está muy claro, Pat. Si los presuntos asaltantes del buque consiguieron dirigirlo a una costa y hundirlo en aguas bajas, han podido proceder a su descarga, y no olvides que el «América» llevaba en sus calas una verdadera fortuna.

—Es verdad.

—Ésta es la tesis que más me atrae.

—Y la más lógica.

—Por eso, fuera de las investigaciones que la Compañía está haciendo por su cuenta, yo he aconsejado al Consejo Mundial que envíe algunas patrullas aéreas por Terranova, Groenlandia y sitios vecinos, ya que es muy posible que tuviésemos una sorpresa por alguna de esas regiones.

—¡Ojalá sea así!

—Y que lo digas. Yo también estoy impaciente por saber algo de lo que haya ocurrido a esos desdichados del «América».

—Pero no crees que David Blood pueda ayudarte, ¿verdad?

Callowan sonrió.

—¿Quién sabe? — dijo, después, encogiéndose de hombros.

CAPÍTULO V



AVID se levantó Heno de entusiasmo, completamente nuevo y con una visión optimista de las cosas.

«En realidad — se dijo, mientras se vestía con calma —, he conseguido mucho más de lo que pensaba. Es verdad que la casualidad me ha ayudado mucho; pero con algo hay que contar en un asunto como éste... Tropezar con Fly ha sido una suerte, pues él, si es cierto todo lo que me imagino, será quien me introduzca en un mundo donde un hombre con pulmones gana mucho dinero... ¿Y quién me dice que esa gente no está relacionada con el desaparecido “América”? »

Terminó de vestirse y salió de la coqueta habitación que Fly le había cedido.

Nada más abrir la puerta, un agradable olor a café recién hecho llegó hasta él, penetrándole con una deliciosa sensación que le hizo recordar que su estómago necesitaba «refuerzos».

Avanzó después por el pasillo hasta llegar al comedor. Desde allí pudo ver al gordito Fly que estaba en la cocina.

Se había puesto un delantal de plástico y estaba untando el pan con mantequilla y mermelada, tras haber preparado huevos con jamón y el café que seguía desprendiendo un aroma singularmente atractivo.

—¡Hola!

El otro se volvió, sobresaltado.

—¡Vaya, susto que me has dado muchacho! —exclamó, con mía sonrisa; luego preguntó—¿Has dormido bien?

—¡Como un lirón!

—Me alegro. ¿Quieres ayudarme a llevar todo esto a la mesa?

—Desde luego.

Poco después tomaban asiento ante la mesa. David demostró al otro lo que era el apetito de un hombre joven y deportista.

—¡Qué bárbaro! ¡Qué manera de tragar!

—No has visto nada, aún, amigo. ¡Si vieras cuando me entreno en serio!

—¿Puedes hacerlo?

—A veces. Todo depende del estado de la cartera, como ya puedes

suponer... pero cuando me es posible estar al borde del mar o de un lago... ¡entonces sí que la gozo! ¿Querrás creer que a veces me paso horas enteras en el agua?

—No lo dudo. Sobre todo después de lo que vi anoche. ¿Cómo lo conseguiste, Davy?

—La costumbre.

—Pero resististe más de lo que nunca he visto.

—Ya te he dicho que es el hábito.

—¿Y cómo supiste el tiempo que transcurría?

—Iba contando los segundos bajo el agua.

—¡Es curioso! Por un momento, te lo juro, creí que Walter tenía razón.

—¿En qué?

—En que nunca más saldrías del agua... vivo.

—Lo hice adrede. Deseaba convencer a aquel incrédulo que se podía permanecer bajo el agua el tiempo que tú dijiste.

—Sí, pero tú resistes más que Scully.

—¿Quién es Scully?

La sonrisa se borró del rostro de Fly como por ensalmo.

—No hagas demasiadas preguntas, muchacho; suele ser malsano.

—Perdona...

—No tiene importancia, pero es mejor no ser muy curioso, me comprendes, ¿verdad?

—Sí.

—Cuando sea la hora y ésta se acerca rápidamente, conocerás a todo el mundo y estoy seguro de que te alegrarás de haberme encontrado. ¡Fue una verdadera casualidad!

—Desde luego.

—¿Qué estabas haciendo por el puerto?

—No lo sé. Vagaba... iba de un lado para otro sin rumbo preciso. No quería beber, pero finalmente me atrajo aquel farol y entré a beber un trago. Fue entonces cuando os oí discutir.

—Sí, ya sé. ¿Qué hacías antes?

Blood sonrió.

Lo hacía sin ganas, ya que las preguntas del otro le obligaban a estar alerta y a hacer el esfuerzo de imaginación necesario para ir inventando unas respuestas lógicas, que no le convenía olvidar.

—Por lo general, trabajaba como profesor de natación... En Florida o en otras partes, ya sabes... Los chicos y las chicas de los millonarios deseaban nadar mejor... y yo ganaba unos créditos...

—¿Sólo eso?

—¡Hombre! A veces, las chicas o los chicos hablaban demasiado y yo me aprovechaba para sacar unos billetes a los padres.

—¿Chantaje?

—Llámalo como quieras. ¡De algo hay que vivir!

—Tienes razón. Pero todo eso es muy arriesgado y ahora vas a encontrar algo más interesante y seguro. ¿Sabes que fui yo quién descubrí a Scully?

—¿Sí?

—Sí. Fue en el puerto. Gerard trabajaba en la descarga, como otros muchos. Hubo una huelga y él formó parte de un piquete que guardaba un buque para impedir que los esquiroles lo descargasen...

—¿Qué más?

—Verás... Era en verano y, como distracción, se tiraban al agua para recuperar monedas que los curiosos lanzaban desde la orilla. Un juego de niños que debes conocer.

—Sí.

—Entonces observé que Scully era un verdadero campeón y que los curiosos le tiraban más y más dinero con la condición de que sacase todo a un tiempo. Fue entonces cuando le vi sumergirse y quedar tres minutos bajo el agua.

—No está mal.

—Yo había estado, como tú, en Florida y hasta en Acapulco. Buscaba buenos nadadores; pero está visto que esos niños de playa elegante no tienen fondo. Todos fracasaron en las pruebas.

—Tienes razón.

—Y ahora te he descubierto a ti. Espero que no me dejarás mal en las pruebas.

Blood preguntó:

—¿Cuándo he de pasarlas?

—Esta noche.

—No te pregunto dónde porque no me lo dirías, ¿verdad?

—¡Desde luego que no! ¡Has dado de lleno en el blanco!

Terminaron de desayunar y Fly se vistió.

—Te quedarás aquí, muchacho. Tienes toda la comida y toda la bebida que quieras, especialmente leche y cerveza, que es lo que debes tomar. Yo voy a salir.

—¿Cuándo volverás?

—Tarde, casi al anochecer; pero no te preocupes. Y, sobre todo, no te muevas de aquí.

—Así lo haré.

—Esta noche nos iremos y ya verás cómo lo pasas bien.

* * *

A Blood le pareció interminable la espera. Una o dos veces estuvo a punto de largarse de allí, volver a Washington y pedir perdón a Callowan.

Pero la continuación de la fabulosa aventura en la que se había metido le tentaba demasiado para abandonarla.

Por otra parte, le bastó asomarse a una de las ventanas para darse cuenta de que un hombre se paseaba por el otro lado de la calle, que otro estaba demasiado ensimismado en un periódico, cuyas hojas no pasaba jamás y que, finalmente, otro, en la esquina, contemplaba con demasiado entusiasmo un escaparate... de artículos de mujer.

Sonrió para sus adentros. Se alegraba de estar vigilado de aquella manera, cosa que le convencía de que se había metido en algo importante. Claro que podría tratarse de un asunto que no tuviese ninguna relación con lo que le interesaba.

Sin embargo, había un detalle del mayor interés; cuando aquella gente buscaba excelentes nadadores, no iba a ser para algo que no se hiciese en el mar.

Y en el mar habla desaparecido el «América». Y su hermano con él.

Tampoco quiso utilizar el teléfono de la casa, por temor a que hubiese una interferencia en alguna parte de la línea.

Por eso esperó pacientemente hasta que se hizo de noche y Fly llegó, con una sonrisa de contento en sus labios.

—¿Qué tal ha ido, muchacho?

—Muy bien.

—¿Has comido?

—¡Todo el día! ¡No sabía qué hacer!

—Bien hecho. Voy a preparar un poco de café para los dos. ¿Qué te parece?

—Bien.

David encendió un cigarrillo, sentándose después frente al gordito. Tenía unas ganas locas de preguntarle cómo habían ido las cosas, pero supo contenerse y dejar que fuera el otro quien rompiese el silencio que se había hecho.

—No te conviene cenar esta noche, Davy.

—¿Va a haber pruebas?

—Creo que sí. Dentro de un rato nos llamarán por teléfono y saldremos de aquí. Un coche nos esperará en la puerta y nos llevará al sitio donde voy a

presentarte.

—¿Habría mucha gente?

—¿Por qué lo preguntas?

Blood se encogió de hombros.

—Es una simple pregunta — repuso —; pero la verdad es que no me gustaría hacer exhibiciones gratuitas.

El otro sonrió.

—¡Menudo tipo me estás resultando, chico! Está bien... no te preocupes. Te pagaré por la exhibición, como tú dices. ¿Te parece bien mil «pavos»?

David silbó.

—¡No está mal!

—De acuerdo. Si no te quedas allí, te daré ese dinero. De otro modo, no te daré más que quinientos, ya que no te faltará de nada donde estés.

—Me estás haciendo tener fiebre de tanta curiosidad.

—Ten paciencia. Pronto sabrás...

El sonido del teléfono le interrumpió. Tomó el aparato y escuchó. Asintió a lo que le decían y colgó.

Luego se volvió a David y ordenó:

—Prepárate. Nos largamos.

David obedeció sin rechistar.

Al salir del portal vio un coche moderno, un reactor último modelo, de color negro, con un hombre al volante que ni siquiera les miró. Subieron al vehículo, que se puso en marcha silenciosamente, dirigiéndose hacia el norte de la ciudad y tomando después por el puente de Bronx.

Todavía tardaron cerca de media hora en llegar al extremo más oriental de Feld Island, penetrando en una amplia propiedad privada, rodeada de un bosque espeso por la parte posterior y pegada a la orilla del mar por la otra.

La casa, cuando se hizo visible, mostró una línea muy moderna de construcción y que debía de estar de acuerdo con el interior. Después lo comprobó David, que se quedó con la boca abierta al ver los salones que atravesó, abarrotados de gente, toda ella elegantemente vestida y que parecían ya medio borrachos.

Muchas miradas curiosas les siguieron mientras se dirigían al fondo de uno de los salones, donde un hombre elegante, vestido con un severo frac, estaba al lado de una muchacha de hermosura poco común.

El hombre dijo algo a la muchacha que se alejó, no sin mirar con interés a David, que se sintió impresionado por aquellos ojos zarcos y rasgados.

Pero su atención se vio atraída inmediatamente por la mirada del hombre, cuyos ojos grises se clavaron inquisitivamente en los suyos.

—¿Es éste? — inquirió el hombre, sin mirar a Fly.

—Sí, señor...

Mientras, la muchacha, que se había alejado rápidamente, llegó a un grupo de jóvenes, que rodeaban a otro, de cabellos rubios y rizados, que parecía atraer la atención general. También había una buena colección de bonitas muchachas alrededor de aquel joven.

La muchacha de los ojos zarcos llegó cuando el de los cabellos rubios lanzaba una carcajada.

—¡Podéis creerlo, amigo!—dijo, inmediatamente después—. Le quitó de un tirón las gomas de los depósitos de oxígeno y no pudo llegar a la superficie. ¡Menudo hombre-rana! Tuve que llevarle a la enfermería donde se puso a llorar como un niño. Naturalmente, lo expulsamos del equipo...

Todos rieron.

Y en aquel momento, la muchacha de ojos zarcos, con una sonrisa malévola preguntó:

—¿No temes, Gerard, que alguien pueda hacerte lo mismo? — rio.

El joven la miró y palideció. Luego enrojeció al tiempo que decía:

—¿Qué broma es ésta, Chris?

Y como ella no contestase nada, prosiguió:

—Ya sabes que no hay nadie que pueda hacerme perder el sentido, aunque me quiten las gomas a cincuenta metros...

—¿Y si fuese a cien?

—¡No digas bobadas!

—Estoy hablando en serio.

—¿Conoces tú a alguien que sea capaz de hacerlo?

—Ahora mismo está hablando con papá.

—¿Quién es?

—El futuro jefe del equipo.

El rubio apretó los puños.

A su alrededor, el entusiasmo se había fundido como la nieve ante la caricia de un sol fuerte.

Se sintió solo, anonadado y rabioso al mismo tiempo.

En aquellos momentos el hombre de los ojos grises conducía a sus dos visitantes al despacho, una muestra más del descarado lujo de la mansión.

—Siéntese, por favor — dijo, después de haber cerrado la pesada puerta.

Los dos hombres obedecieron.

Luego, el elegante anfitrión, que había encendido un habano, haciendo que dolorosos recuerdos se agolpasen en la mente del joven Blood, que no había podido olvidar a Callowan, preguntó:

—¿Así que este joven fue quien resistió los cuatro minutos?

—Sí — repuso Fly.

—¿Cómo se llama?

Fue ahora el interesado quien contestó.

—Mi nombre es David Colter, señor.

—¿Profesional?

—¡Oh, no!

—¿Quién le enseñó a nadar?

—Nací en Florida, señor.

—Comprendo. Buena tierra para nadadores.

—Así es.

Hubo un silencio.

Luego, el hombre, sin dejar de fumar, volvió a preguntar:

—¿Ha manejado usted un equipo de hombre-rana?

—Muchas veces.

—¿Dónde?

—En muchos puertos, señor. Tuve que ganarme la vida de esa manera durante un cierto tiempo.

—¿Ha peleado alguna vez bajo el agua?

David frunció el ceño.

—No le entiendo, señor — confesó.

El hombre sonrió.

—Me refiero a si tuvo que pelear con algún compañero bajo el agua.

—¡Ah! Sí, una vez... uno de mis compañeros se emborrachó con el nitrógeno, al intentar subir sin descompresión... y me atacó con un hacha.

—Entiendo. Ahora voy a explicarle algo. Estoy montando un espectáculo submarino, que deseo sea una verdadera revelación desde todos los puntos de vista.

»La gente se ha cansado ya de tanto baile acuático y quiere algo más fuerte. Mi intención es que el público asista a una verdadera pelea bajo el agua. ¿Me entiende?

—Un poco.

—Naturalmente, no se utilizarán armas especiales y que puedan dañar a los contendientes. Éstos pelearán con las manos libres, pero podrán hacer con ellas todo lo que quieran.

—¿Incluso arrancar el tubo de oxígeno?

—Sí, incluso eso.

—¿A qué profundidad desea hacerlo?

—Depende. Pero... por lo menos a treinta metros. Para eso nos estamos entrenando a cincuenta.

—Es bastante peligroso.

—Lo sé. Por eso no deseo más que hombres de verdad a mi lado. En mi equipo no hay sitio para los cobardes. ¿Comprende?

—Sí.

—Por el contrario, de quedarse con nosotros, no le faltará de nada. Ganará mil a la semana y tendrá dos mil por entrenamiento y prueba. Luego, si resulta vencedor, recibirá veinticinco mil. ¿Qué le parece?

—Un sueldo de príncipe.

—¿Y qué piensa hacer?

David se pasó la mano por el mentón. Después, sonriendo, repuso:

—Creo que intentaré quedarme.

También sonrió el hombre, que tendió la mano a su interlocutor.

—¡Excelente, muchacho! Me llamo Alan Milner.

—Encantado, señor Milner.

—Yo también lo estoy. Sólo que deseo decirle una cosa...

—Usted dirá.

—Para entrar a formar parte de mi equipo hay que hacer una prueba. ¿Está dispuesto?

—Desde luego.

—Se trata de una pequeña pelea, en el fondo de mi piscina particular, a ocho metros de profundidad.

—Muy bien.

—La pelea, como le dije antes, tendrá lugar con las manos desnudas, pero se lleva un equipo de hombre-rana.

—Entiendo.

Alguien llamó a la puerta y la muchacha de ojos zarcos entró cuando el hombre dijo «¡adelante!»

—David, le presento a mi hija Christina.

—Encantado, señorita.

—Igual digo. — Luego miró a su padre y dijo —: Todo está preparado, papá.

—¿Hablaste con él?

—Sí. Lo tienes preparado y furioso.

Alan sonrió.

—Vamos—dijo—Es posible que pasemos un buen rato si este zorro de Fly no me ha engañado.

CAPÍTULO VI



UANDO les fue anunciada la pelea, un montón de invitados corrió hacia la magnífica piscina que el dueño de la casa había hecho construir no muy lejos del mar.

No sólo era su forma circular lo que hacía excepcional aquella piscina, sino que sus paredes eran de cristal y rodeadas por pasillos donde, en cómodos asientos de graderías, se sentaron los bulliciosos invitados, iluminándose el agua, de color azul clarísimo, donde podría verse, con una perfección completa, la pelea que iba a tener lugar.

Mientras, David, acompañado por el dueño de la casa había tomado un camino distinto, dirigiéndose hacia una casa cercana a la piscina donde encontró a algunos jóvenes que estaban ayudando a otro a ponerse un traje de hombre-rana.

El joven, de cabellos rubios y ensortijados y ojos azules, miró con odio al recién llegado.

—Voy a presentarles — dijo el anfitrión, con una sonrisa —. Éste es mi actual, campeón del equipo: Gerard Scully... éste es nuestro nuevo candidato, Scully. Se llama David Colter.

—Encantado — dijo Blood, tendiendo inútilmente la mano, ya que el otro aparentó no verla.

—Fly afirma — siguió diciendo Alan, que parecía complacerse con la actitud de Scully — que David estuvo anoche, en el puerto, cuatro minutos bajo el agua.

Scully sonrió.

—Fly debe hacer revisar su reloj: anda muy mal...

Todos rieron.

Incluso David, aunque se había dado cuenta de que su enemigo no sentía ninguna simpatía hacia él.

—Nuestra costumbre — siguió Alan — es que el capitán del equipo examine a los nuevos candidatos. Sólo una improbable victoria de uno de éstos podría quitar el mando a Scully, pero eso no ha ocurrido nunca. ¿Verdad, Gerard?

—Ni ocurrirá nunca.

—¡Desde luego! Terminad de prepararos, muchachos. Voy a la piscina.
¿Te quedas aquí, Fly?

—Sí. Voy a ayudar a David.

—Como quieras.

Dos muchachos ayudaron a David a ponerse el equipo, después de que se hubo desnudado. Blood se dio cuenta de que el equipo era de lo mejor que había visto nunca.

Estaba un poco extrañado. La explicación que Alan le había dado, diciéndole que estaba formando un equipo de luchadores submarinos no dejaba de tener cierta lógica ; pero, de todos modos, algo, en el interior de su corazón, le decía que el misterioso señor Milner, aunque caprichoso y rico, podía tener otra clase de ambiciones.

¿A qué venía, si no, el misterio con que Fly le había hablado de su incorporación como nadador al lugar donde trabajaba Scully?

Mientras terminaba de colocarse el magnífico equipo, David no dejó de mirar a su adversario, viendo que la expresión del rostro de éste no era, ni muchísimo menos, la de un hombre que va a iniciar a un «novato» en las artes de una lucha noble y en la que debía, reinar solamente el espíritu deportivo.

Los ojos de Scully brillaban con un odio intenso y aquello preocupó al joven Blood, que se dijo debía estar prevenido contra todo lo que el otro intentase.

Momentos después, los dos nadadores, completamente equipados, pero sin haberse aplicado todavía las gomas a la boca, tomaron el pasillo que llevaba a la piscina. Desde el borde superior se veía claramente el aspecto que ofrecían los graderíos subterráneos, donde los invitados estaban armando un gran jolgorio, gritando su impaciencia de mil modos distintos.

Fly, que seguía al lado de David, le tocó ligeramente en el brazo para llamar su atención.

—Ten cuidado, muchacho — dijo.

—¿Qué tiene Scully contra mí?—inquirió Blood—. No deja de mirarme con odio.

—Es natural que lo haga.

—¿Por qué?

—Porque si tú le vencieras, perdería su puesto de capitán del equipo. ¿Lo entiendes ahora?

—Sí.

¿Así que era aquello?

Blood sonrió y pensó, no sin amargura, en lo que un hombre puede llegar a hacer por ostentar un cargo cualquiera, por distinguirse de los demás.

No estaba dispuesto en modo alguno a luchar sucientemente ni con demasiada intensidad. Le importaba muy poco que Scully fuese el capitán o dejase de serlo.

Pero, desde luego, si aquel tipo temía que él le quitase su puesto, estaba sumamente equivocado.

Estuvo a punto de decírselo; pero cuando iba a hacerlo uno de los hombres les colocó las máscaras, acoplando las gomas del oxígeno y haciéndoles un gesto para que se lanzasen al agua.

Scully saltó el primero.

Su aparición en el interior de la piscina despertó el entusiasmo de los invitados de Alan, que prorrumpieron en una cerrada ovación. Conocían ya al joven capitán del equipo y sabían que no había habido nadie hasta la fecha, que hubiera logrado vencerle.

David se tiró al agua.

También le aplaudieron, pero él hizo caso omiso de lo que pasaba en el exterior de las paredes de cristal de la piscina, concentrando toda su atención en el hombre con el que tenía que luchar.

Había olvidado por completo todo lo que había estado pensando antes de lanzarse. Y ahora, sin que pudiera hacer nada por evitarlo, el espíritu de pelea que la SIP había metido en sus venas le dominaba por entero.

Vio que Scully se movía con facilidad en el agua, demostrando una maestría completa y un dominio absoluto del equipo que llevaba. Por su parte, también Blood se sentía bien y dispuesto perfectamente para empezar la pelea.

Scully retrocedió un poco y empezó a moverse lentamente, con clara intención de nadar alrededor de su contrario para aprovechar la primera ocasión de debilidad que éste le presentase.

Mientras, en los graderíos exteriores, Fly, hombre práctico, iba de un lado para otro, gritando para incitar a los presentes a admitir apuestas en contra de Blood.

—¿Quién apuesta contra David?

—¡Yo!

—¡Yo!

—¡También yo!

—¡Y yo!

Nadie dudaba de la victoria del que había sido campeón varias veces. Alan, sentado junto a su hermosa hija, sonreía, pendiente sólo de lo que pasaba en el interior de la piscina.

Chris estaba impresionada por el cuerpo atlético y perfecto del nuevo que, desde luego, le había llamado la atención desde el primer momento. Excelente

nadadora y deportista ciento por ciento, la muchacha veía en David a un hombre que había cultivado cuidadosamente sus posibilidades físicas, no extrañándole mucho lo que Fly había contado de él.

Se volvió hacia su padre y dijo, en voz baja:

—Creo, papá, que nuestro flamante capitán va a pasar hoy algunos apuros.

—Es muy posible, aunque confío en él.

—¿Es que no te gustaría un cambio?

—Si fuese bueno, ¿por qué no? Ya sabes que sólo me interesa lo que puede beneficiar a mi equipo.

—Es cierto, papá...

En el interior de la piscina, parecía que Scully no se decidía a iniciar el combate.

David, sin perder de vista a su adversario, no quería ser el primero en atacar, aunque ya había tenido ocasiones de hacerlo. Deseaba enfurecer un poco más al otro, ya que sabía que un enemigo encolerizado es más fácil de dominar que uno que no pierde su sangre fría.

Scully había estado girando a su alrededor y Blood siguió el mismo movimiento, observando que los círculos que el otro describía eran cada vez más pequeños. Hasta que Scully atacó.

Lo hizo de repente, obrando con excelente táctica, pero no cogió desprevenido a su rival, que frenó el golpe que le iba dirigido, tintando para evitar que las manos del otro llegasen hasta el tubo que salía de su boca.

Comprendía perfectamente que el término de la lucha se produciría en el momento que uno de ellos, sin poder respirar el oxígeno de los tanques, se viese obligado a subir a la superficie, falto de aire.

Al ver que su ataque había fallado, Scully retrocedió de nuevo.

La expectación era enorme.

—¿Has visto que no lo ha conseguido, papá?—preguntó la muchacha.

—Generalmente, Scully no falla a la primera embestida.

—Es cierto.

—Pero su adversario de hoy es distinto a los demás.

Alan no dijo nada, pero miró a su hija de reojo y frunció el ceño.

No le gustaba que Chris se entusiasmase por un hombre de aquella manera.

Sonrió luego, pensando que poco faltaba para que su equipo abandonase la finca para empezar a dar el producto que él esperaba de aquellos hombres que tan caros le estaban costando.

Mientras, Scully, furioso por no haber conseguido sus propósitos en el primer ataque, se dijo que tendría que cambiar de táctica. Y fue entonces

cuando recordó lo que Leekey, su compañero, le había dicho al oído mientras estaban vistiéndose.

Las palabras del otro volvieron a sonar en su cerebro, como si alguien las repitiese:

«He puesto la máscara «6» a ese tipo. Ya sabes lo que tienes que hacer si las cosas se ponen mal...»

Sonrió. Ahora no podía dudar de su triunfo.

Por eso, nadando siempre en la proximidad de su adversario, se dispuso a engañarle, seguro de que iba a conseguir una sencilla y fácil victoria, que nadie podría criticar, ya que nadie conocía el detalle débil de la máscara número 6.

Se lanzó como la otra vez, haciendo creer a David que sus manos iban directamente a la goma de los depósitos, para arrancársela de la boca como era lo convenido.

Blood se cubrió perfectamente. Y aquél fue su error.

Las manos del otro descubrieron un engañoso círculo y la derecha, pasando rápidamente sobre el brazo de David, llegó hasta la llave de paso del oxígeno, afianzándose fuertemente a ella.

Equivocado por completo en los propósitos de su adversario, David creyó que el otro iba a realizar una maniobra archiconocida en la pelea entre hombres-ranas Cerrar la llave del oxígeno suponía detener el aporte de aire al pecho del adversario para disminuir su capacidad de pelea; pero aquello no asustaba a Blood, puesto que no iba a tardar en volver a abrir la llave.

Pero se equivocaba. Porque la llave se quedó entre los dedos de Scully, que se alejó, no sin recibir un fuerte golpe en el estómago que su enemigo le dirigió y que le dejó casi sin aliento.

Las burbujas, al escapar por el paso, hicieron que David se diese cuenta, demasiado tarde, de la catástrofe que se había producido.

Durante unos instantes quedó sin moverse, conservando preciosamente el aire que llenaba sus pulmones, diciéndose, con rabia y amargura al mismo tiempo, que había sido engañado miserablemente, ya que ninguna llave, en un equipo normal, podía ser arrancada con aquella facilidad con que Scully lo había hecho. Miró a su enemigo con odio.

A través del cristal de la máscara una sonrisa de triunfo le demostró que el otro estaba ya completamente seguro de la victoria.

Fuera, en los grádenos, la emoción y el entusiasmo eran indescriptibles.

Alan miró a su hija.

Esta se hallaba intensamente pálida, con los labios apretados, comprendiendo, como su padre, que Scully había jugado sucio.

Pero para el señor Milner cualquier truco utilizado en una lucha como aquella era completamente legal y válido.

—¡Ha vencido Scully! — gritaban los presentes.

Y fue entonces, en aquel preciso momento, cuando Fly ya suspiraba dolorosamente pensando en sus pérdidas, que iban a ser importantes, cuando David se decidió a actuar.

Contaba con poco oxígeno en sus pulmones y había perdido media docena de preciosos segundos, aturdido aún por la traición de que había sido objeto. Pero fue la misma rabia contra un enemigo como Scully, que se aprovechaba de aquella manera, lo que le decidió a darle una lección que no olvidaría jamás.

Scully estaba demasiado confiado para esperar aquel ataque fulminante de su adversario, que cayó sobre él cuando menos podía esperarlo.

Un golpe al plexo solar lo dejó inútil, justo los instantes precisos para arrancar de su rostro la máscara con las gomas, privando a Scully del precioso oxígeno que empezó a huir por la boquilla.

Al sentir que le faltaba el aire, Scully intentó golpear a su enemigo, pero éste le tenía demasiado apretado entre sus brazos de acero para que pudiera conseguir nada práctico.

David hubiera podido golpear al otro y demostrar así que la victoria era suya, pero quería demostrar a los demás que no peleaba suciamente y que, a pesar de llevar la desventaja de haber dejado de respirar antes que su adversario, luchaba con nobleza.

Estaban en el fondo de la piscina, agarrados fuertemente.

Y los segundos, y después los minutos, empezaron a pasar de una manera rápida, implacable.

Fuera, los espectadores, incapaces de estarse quietos, se habían abalanzado hacia el muro de cristal que les separaba del agua, pegando el rostro a su fría superficie, dispuestos a no dejar escapar ni el más pequeño detalle de aquella lucha homérica.

Uno de ellos había sacado un reloj, que ahora tenía en la mano, e iba gritando el tiempo que transcurría.

—¡Dos minutos y medio!

Chris sonreía.

—¿Te das cuenta, papá?

—Sí.

—¡Tres minutos!

Scully se agitaba. Su piel tenía un color oscuro y se veía claramente que estaba llegando al límite de su resistencia.

—¡Tres minutos y quince segundos!

Los espectadores contenían el aliento, como si fuesen ellos los que estuviesen faltos de oxígeno y sufrieron como los dos hombres en el agua.

Uno de ellos exclamó:

—¡Tres minutos y treinta segundos!

Se vio que Scully abría la boca y expulsaba a borbotones el aire viciado que debía estar quemándole los pulmones. Era el primer síntoma de desfallecimiento y el comienzo de ahogo...

Al ver que su adversario perdía el conocimiento, ingurgitando la primera bocanada de agua, David le soltó, dándole un poderoso empujón que le hizo ascender hacia la superficie.

También los pulmones de Blood estaban a punto de estallar y su cara estaba espantosamente congestionada.

Subió en pos de Scully y salió al exterior, respirando con placer maravilloso el aire de fuera. Luego, noblemente, se ocupó de su desvanecido adversario, cogiéndole por los cabellos y arrastrándole hacia el borde, donde los muchachos del equipo lo sacaron, ayudándole después a él a salir del agua.

Se dejó caer, sentado, respirando con fuerza, casi completamente agotado. Pero no pudo descansar mucho.

Una riada de gente, mujeres y hombres, que habían abandonado los graderíos, irrumpieron en el lugar, rodeándole, mirándole con admiración, diciéndole mil cosas halagüeñas.

Fly se abrió paso y le ayudó a ponerse en pie.

Blood se recuperaba rápidamente.

Alguien le echó un cálido y rizado albornoz sobre los hombros, quitándole antes el inútil equipo.

—¡Maravilloso, muchacho! ¡Maravilloso! — no dejaba de gritar Fly.

Alan y su hija llegaron hasta él, tras abrirse paso a empujones.

El hombre le tendió la mano.

—Ha sido algo espléndido, muchacho... ¡De veras!

—Muchas gracias, señor. Pero he de decirle que lo he pasado bastante mal.

—Peor lo ha pasado Scully — comentó Fly.

Todos rieron su ocurrencia.

Blood se dio cuenta, no sin cierta emoción, que le hizo estremecer, de la intensidad de la mirada que le dirigía Chris: una mirada repleta de promesas.

CAPÍTULO VII



E alojaron en una habitación en el edificio aparte, que ocupaban los miembros del equipo. Todos ellos, o casi todos, le felicitaron.

Pero David notó la falta de dos de los muchachos: Ted Leekey, el hombre que le había dado el equipo. Y, naturalmente, Scully.

Pero éste tendría necesidad, sin ningún género de dudas, de unos días de reposo.

Comió en el comedor con todos ellos, excepto los citados, viendo que el tratamiento energético del equipo era cuidado con toda clase de detalles y que el señor Milner se ocupaba verdaderamente de sus muchachos, con los que tenía toda clase de atenciones.

Así les fue servida una comida espléndida, pensada para hombres deportistas y formada por platos sanos, que contenían enorme cantidad de calorías.

Durante la comida fue el centro de la atención general y todos ellos le dijeron que estaban encantados de tener un capitán que había demostrado un valor suficiente para vencer las malas artes de Scully y su amigo Ted.

Blood quitó importancia a lo que había hecho, ganándose con ello la simpatía general.

Estaban tomando una taza de café, de la que sólo les era dada una al día, cuando sonó el teléfono del comedor. Uno de los presentes se levantó y lo descolgó.

Luego se volvió hacia la mesa y dijo:

—Es para ti, David.

—Gracias.

¿Quién podía llamarle? Ni aun en aquellos momentos podía separar de su mente el recuerdo de la SIP. Pensaba que ya sabrían lo que había hecho con el agente que le seguía. Y era seguro que Callowan había lanzado algunos agentes en su busca.

Le temblaba un poco la voz cuando dijo, junto al micrófono:

—¿Quién es?

Pero a su vez le preguntaron:

—¿David?

—Sí — repuso, dándose cuenta de que se trataba de una mujer.

—Soy Chris Milner. Deseaba charlar con usted. ¿Le molestaría que fuera a buscarle en mi coche?

—De ninguna manera.

—¿Ha terminado de comer?

—Sí.

—Pues ahora mismo iré. Hasta ahora.

—Hasta ahora.

Colgó, viendo que todos lo miraban con una sonrisa burlona en los labios.

Y uno de ellos exclamó:

—¡Vaya suerte, campeón! Acabas de llegar, derrotas a Scully y para colmo te llama la señorita Chris.

También sonrió él.

Pero, sin hacer ningún comentario más, abandonó el comedor y salió al exterior, al magnífico parque que rodeaba la casa.

No tardó mucho en ver el magnífico coche que avanzaba hacia allí. Y cuando el vehículo se detuvo a su lado el rostro de la muchacha le pareció mucho más encantador que nunca.

—Suba — le indicó.

Lo hizo, tomando asiento a su lado y mirándola con arrobo, mientras ella ponía el coche en marcha.

No se dijeron nada mientras abandonaban la amplia propiedad de los Milner. Ella tomó una de las carreteras que conducían hacia el norte. Y fue bastante después, cuando ya corrían en pleno campo, que la muchacha aminoró la marcha de su coche y se volvió hacia él.

—Estoy muy contenta de su triunfo, David.

—Muchas gracias.

—No me las dé. Es cuestión de justicia. Scully jugó sucio con usted.

—Ya me di cuenta.

—Papá me ha prometido regañarle seriamente para que esto no se repita.

—No tiene importancia.

—¿Usted cree?

—De verdad que no, señorita Milner.

—¡No me llame así! Mi nombre es Chris.

—Bien, Chris; de acuerdo.

—Así me gusta más. Pero sigo creyendo, hablando de lo de antes, que lo que Scully hizo tiene mucha importancia. Y me gustaría saber por qué usted se la quita.

—Muy sencillo. En una lucha como la de anoche todo debe ser válido. Así se aprende mucho y se prepara uno para las peleas del futuro.

—¿Sabe usted que será nombrado capitán del equipo ?

—Hablando con franqueza... Chris, preferiría que no se le hiciera eso a Scully.

Ella frunció el ceño.

—Es usted muy raro, David.

—Es posible.

Ella detuvo el coche junto a la orilla del mar.

El tiempo era espléndido.

—He venido a bañarme y deseo que usted me enseñe algo de lo mucho que sabe.

—Ha buscado usted al peor de los maestros, se lo aseguro. Además, no he traído traje de baño. No sabía que viniésemos aquí.

—He traído un «slip» para usted.

—Piensa en todo.

—Desde luego.

Momentos más tarde, ella, que se había quitado el vestido para quedar en traje de baño, se alejaba corriendo hacia el mar, para que David pudiese desnudarse, cosa que hizo rápidamente:

Luego corrió hacia el agua.

En seguida notó que la muchacha era una magnífica nadadora que conocía todos los secretos de aquel arte. Pero le enseñó lo que ella deseaba, controlar su oxígeno cuando se sumergía.

La figura de Chris no dejó de impresionarle. Era una joven espléndida y su belleza corpórea hubiera podido llamar la atención en cualquier concurso de belleza, llevándose, sin duda alguna, el primer premio.

Cuando se cansaron de nadar regresaron a la orilla y se tendieron perezosamente al sol, cerrando los ojos.

Luego, ella, de repente, musitó:

—David...

—¿Qué hay?

—¿Tiene usted novia?

—El río.

—No — repuso luego.

—Me alegro.

—¿Eh?

—Sí, ya sé que le pareceré una muchacha rara, pero no soy de esas estúpidas que se sonrojan, en espera de que un hombre les diga que le gustan. Yo me anticipo a decírselo lo que siento. Le parezco extraña, ¿verdad?

—Demasiado sincera; peligrosamente sincera.

—¿Por qué?

—Porque se pone usted a merced de un hombre sin escrúpulos.

—¿Y usted lo es?

—No.

Seguían tendidos, uno al lado del otro, con los ojos cerrados, aprovechándose de aquella obligada posición para hablarse con la franqueza que lo estaban haciendo.

—David...

—¿Eh?

—¿Puedo decirle que me atrae usted mucho?

Blood estaba confundido; pero, al mismo tiempo, una emoción indescriptible se estaba apoderando de él.

—Usted también me agrada, Chris...

—De veras?

—Sí.

No podía hacerla esperar más.

Se incorporó, inclinándose, y la besó para darle su respuesta lógica a sus preguntas de antes.

Ella le pasó los brazos por el cuello, atrayéndole con fuerza hacia sí...

* * *

Habían pasado seis días desde aquella fecha memorable y siguieron viéndose, por la tarde, cuando los entrenamientos terminaban, cosa que ocupaba al equipo durante todo el día.

El señor Milner no había aparecido en todo aquel tiempo, pero el encargado del equipo, un viejo «manager», se ocupaba de que los muchachos estuviesen en el agua por lo menos ocho horas diarias.

David había sido elegido capitán, pero no hizo alarde de su nueva posición, comportándose noble y sinceramente con todos. En cuanto a Scully y Ted, permanecían distanciados, y el «manager», por lógica estrategia, había hecho lo posible para que hasta entonces David no tuviera que enfrentarse con

ellos en los entrenamientos.

El séptimo día y cuando, ya vestido, Blood esperaba la llegada del coche de Chris en la puerta de la casa de los del equipo, fue otro coche negro, que ya conocía el joven, pues era el mismo que le trajo allí, el que se detuvo junto a él.

Sólo iba el chófer, que abrió la portezuela, para decirle:

—Suba, David. El amo le espera.

Blood obedeció y momentos más tarde el vehículo se detenía ante la mansión de los Milner.

Un criado le condujo hasta el despacho donde estuvo la primera vez, cuando Fly le presentó al dueño de la casa.

Alan Milner estaba allí, sentado detrás de su monumental despacho. Parecía preocupado y su rostro ofrecía un aspecto de seriedad desacostumbrada.

—Siéntate, David — dijo.

Cuando el joven lo hubo hecho, habló:

—Estoy en un aprieto bastante grave y quiero saber si el equipo podría ayudarme a salir de él.

—Usted dirá, señor.

—Voy a explicártelo en pocas palabras. Ya comprenderás que yo trabajo. En realidad, me ocupo de la explotación de restos de barcos hundidos.

David tuvo que hacer un esfuerzo para que el hombre no se diese cuenta de la oleada de sangre que le subía al rostro, al tiempo que su corazón se ponía a latir de una manera alocada.

—Tengo una patente de derechos para recuperar los barcos que se hunden fuera de las aguas jurisdiccionales y que, como sabrás, son considerados como «presas marinas».

—Sí, señor.

—Hasta ahora he empleado equipos de hombres-rana, pero esto no tiene nada que ver con nosotros, ya que soñaba, de verdad, con formar un equipo de luchadores que nos dará, estoy seguro, celebridad y dinero.

—Lo comprendo.

—Mas en estos momentos alguien, algún sinvergüenza, se me ha adelantado, ocupando el interior de uno de los barcos hundidos. Y cuando mis hombres-rana han ido para sacar lo que por ley me pertenece, los otros les han atacado y herido gravemente a dos de ellos. ¿Te das cuenta de mi situación, muchacho?

—Perfectamente, señor.

—Bien. Ese barco contiene una fortuna muy grande que solucionaría el precario estado actual de mis finanzas. Claro que yo también me mostraría especialmente generoso con vosotros, aunque creo que no tendréis motivo alguno de queja.

—Desde luego que no.

Alan le miró atentamente a los ojos.

—¿Estás dispuesto a ayudarme, David?

—Puede contar conmigo y con el equipo, señor. Estamos a sus órdenes.

—¿Incluso si hay que utilizar la violencia?

—Es igual.

El rostro de Milner resplandeció de alegría.

—¡Esperaba esto de ti, David! Ya me había dicho Chris que eras un hombre excepcional...

—Haré lo que pueda, señor.

—Perfecto. Puedes ir a preparar a los muchachos del equipo. Saldremos esta noche en mi yate.

David se había puesto en pie.

—¡Un momento, muchacho!

—¿Qué, señor?

—Puedes decir a los del equipo que habrá una prima de cincuenta mil créditos para cada uno si terminamos este asunto pronto y bien.

—Se lo diré...

Abandonó la casa y subió en el coche que le esperaba en la puerta y que lo llevó al edificio donde se alojaba el equipo, al otro lado del parque.

Sonrió. ¡Había tenido suerte!

Ahora se daba cuenta, sin saber aun exactamente cómo, de que había dado en el blanco y que se acercaba al misterio del «América» a toda velocidad.

Lamentó el no poder comunicar a Callowan lo que sabía ya; pero no podía permitirse, en aquellos momentos, un paso en falso que podría echarlo todo a rodar. Además, ¿qué iba a conseguir entrando en relación con la SIP? Seguro que sería castigado antes que escuchado.

Reunió al equipo, al que transmitió las instrucciones de Milner, ordenándoles después que preparasen los aparatos. Y como el jefe le había hablado de «violencias», cosa que no comprendía aún del todo, les dijo que llevasen los fusiles para caza submarina.

Estaba terminando de preparar su propio equipo (no quería que el caso de la llave de paso volviese a repetirse más), cuando sonó el claxon del coche de Chris a la puerta. Salió al exterior.

Ella estaba radiante y él subió al coche, advirtiéndola de que no podrían alejarse mucho, ya que tenían que estar preparados.

—Lo sé, cariño. Papá me lo ha dicho. ¿Sabes que voy con vosotros en el yate?

—Me alegro.

—Me ha costado mucho conseguirlo; pero he convencido a papá, después de una lucha espantosa. ¡Y lo he logrado, David! No sabes lo contenta que estoy de no separarme mucho de ti.

—¿No será peligroso para ti, querida?

—No. Papá me ha dicho que con un equipo tan bueno y un capitán como tú podréis conseguir que esos bandidos abandonen lo que no les pertenece.

—Eso espero.

—¿Me quieres mucho?

—Sí.

—Tengo ganas de que termine este trabajo. Papá me ha dicho que os dará una buena prima a cada uno, pero yo espero más.

—¿El qué?

—Que tú le pidas mi mano. ¿Lo harás?

—Sí.

Hablaba con sinceridad, aunque con muchas reservas, pues, ¿qué ocurriría si Milner era culpable de lo ocurrido al «América»?

Desde luego, Blood estaba completamente seguro—hubiese puesto las manos en el fuego—de que ella no tenía nada que ver con los asuntos de su padre. La conocía demasiado bien para equivocarse.

Y cuando él la tomó en sus brazos sintió aún más la seguridad de su inocencia...

CAPÍTULO VIII



L yate, de dimensiones mucho más grandes de lo que David hubiera sospechado, partió del puerto de Nueva York aquella misma noche.

Y mientras se paseaba por la cubierta del brazo de Chris, no se extrañó mucho al ver las poderosas grúas que estaban plegadas y medio escondidas a popa y proa del buque.

Tenía la seguridad de que iban en busca del «América»; pero la sola posibilidad de que se equivocase le ponía los pelos de punta.

¿Y si Alan Milner no había mentido y era, como dijo, un hombre que trabajaba dentro de la ley?

Se estremeció.

—¿Qué te pasa, David? —le preguntó la joven.

—Nada.

—Me pareció que temblabas.

—Son los nervios. Tengo ya ganas de empezar a trabajar.

Pero pensaba en los otros hombres, diciéndose que se trataría de un grupo rival —¿por qué no decir banda? — que debía haber empezado a intentar sacar las riquezas del barco hundido.

Navegaron toda la noche. El frío indicaba que el rumbo que llevaban les dirigía hacia el norte.

Al amanecer, Blood se despertó de golpe, sin saber cómo, atenazado por una especie de angustia que le obligó a sentarse en su litera para respirar normalmente.

Luego recordó que estaba soñando con su hermano, del que se había acordado bien poco en los últimos tiempos.

¡Robert! ¿Dónde estaría?

Sonrió tristemente, casi seguro de que jamás volvería a verle, ya que si el «América» se había hundido, era más que probable que Bob, como los demás, hubiese desaparecido para siempre en el fondo del mar.

Por eso tenía que vengarle. La muerte del muchacho, justo cuando empezaba a sentir que la vida le sonreía, no podía quedar sin castigo.

Todavía navegaron durante todo el día. Y al atardecer, cuando David estaba cenando con la muchacha en el comedor de oficiales, oyó el ruido característico del ancla al caer al agua.

—Me parece que hemos llegado — dijo.

—Eso creo repuso ella.

David estaba tomando solamente un caldo con albuminoides, ya que les habían prevenido que no debían comer otra cosa aquella tarde.

Alan apareció poco después.

Debía saber hacía tiempo las relaciones que había entre su hija y David, pero aparentaba no darse cuenta, como si las ignorase.

Se acercó a la mesa con gesto sonriente.

—Buenas tardes — saludó —. Hemos llegado, David.

—Ya he oído el ancla. ¿Vamos a empezar ahora mismo?

—Es lo mejor. ¿No lo crees tú así?

—Desde luego. Voy a prevenir a los otros.

Quince minutos más tarde los diez hombres-rana se estaban preparando en cubierta y a estribor para lanzarse al agua.

Fue entonces cuando Blood vio por vez primera a un hombre de unos cincuenta años de edad, impecablemente vestido, que estaba junto a Milner, con el que hablaba en voz baja.

Después, el hombre, encarándose con los del equipo, explicó:

—Los restos del barco cuyo contenido queremos recuperar están a unos cien metros de profundidad, exactamente debajo del yate. El equipo que trabajó hasta ahora en el rescate de las mercancías consiguió abrir una brecha a babor, por encima de la quilla y a unos setenta pies de la popa. Pero al encontrarse con que otros se nos habían adelantado ilegalmente, hubieron de abandonar su trabajo, tras de haber sufrido algunas bajas.

»Por eso hemos venido armados con las mismas armas que utilizan esos canallas. Arpones y fusiles automáticos. No podemos tener piedad de los granujas que, burlándose del contrato legal que el señor Milner posee, están ejerciendo aquí una verdadera piratería. Por lo tanto, sepan desde este momento que la ley les asiste y que están amparados por ella.

«Hay que desalojar a los intrusos, ya que, cómo podemos ver, no se han atrevido a traer ningún barco, lo que nos hace pensar en que aún no han sacado nada. Nosotros hemos estado vigilando hasta ahora por aquí y si no hemos denunciado el caso a las autoridades ha sido porque, como ustedes no pueden ignorar, si ellas intervinieran en este asunto la ley les autoriza a tomar el cincuenta por ciento de la «presa marítima».

»Espero que me hayan comprendido bien y que se den cuenta de que la

lucha no va a ser un juego de niños. Pero el señor Milner, mi socio, me ha dicho que tiene mucha confianza en ustedes y que está seguro de que saldrán airoso de la dura prueba que les espera... ¿Alguna pregunta?

Nadie dijo nada.

Momentos más tarde, y después de haber explicado la ausencia de luz para evitar que el barco de los piratas supiese que estaban allí, Milner dio la orden de lanzarse al agua.

Antes, David explicó a sus hombres que él iría primero y que debían obedecerle en todo momento, no atacando hasta que él lo ordenase.

En seguida se lanzó al agua. A pesar del traje de goma que llevaba, el contacto del agua iría le produjo un estremecimiento que no duró mucho. Volvió la cabeza para ver, en lo posible, las burbujas que le señalaban el descenso del resto del equipo.

Luego siguió avanzando hacia la profundidad.

Nadó rápidamente y se desvió un tanto, viendo, gracias a la luz de la luna que se reflejaba en el interior del agua, el casco enorme de un buque que — y su corazón latió al darse cuenta de ello — no podía ser otro más que el «América».

¡No se había equivocado!

Siguiendo las instrucciones del socio de Milner, se dirigió hacia la popa, por estribor, viendo, mientras se posaba en el fondo cubierto de algas, el orificio que habían abierto los miembros del equipo que les había precedido.

Los demás submarinistas se posaron junto a él.

Durante unos segundos, David esperó, observando el orificio. Llevaba, como todos los de su equipo, además del fusil con tres dardos de recambio, un cuchillo en la cintura, la linterna, la brújula, el medidor de corrientes y un reloj sumergible.

Echó una mirada a este último. Señalaba las once de la noche.

Se decidió finalmente, pero deseando echar una ojeada antes de hacer que todos sus hombres avansasen, les hizo un gesto, indicándoles que debían esperar. Luego nadó hacia el orificio.

Éste era bastante grande, lo que indicaba que no sólo había sido hecho para facilitar el paso de los hombres, sino que también pensaban sacar las mercancías por él.

En el interior reinaba una oscuridad completa. Encendió la linterna y avanzó con toda clase de precauciones. Se encontraba en una de las bodegas, completamente inundada; pero la mercancía, en cajas especiales, no debía de haber sufrido ningún deterioro, al menos por el momento.

Prosiguió su avance.

El aspecto de la bodega le había puesto frío en el corazón, pensando en la suerte que habrían corrido los tripulantes de aquel barco, entre los que se encontraba su hermano.

¡Ssssss...!

El arpón le pasó rozando y David apagó la linterna, nadando precipitadamente hacia la salida, donde llegó pronto para unirse a los suyos, que seguían esperando.

Por señas, en el lenguaje de los hombres-rana, les hizo comprender lo que le había ocurrido, dándoles la orden de avance general.

Momentos más tarde, los diez se hallaban en el interior de la bodega y avanzaron sin encender las linternas, dispuestos a rechazar todo ataque que se presentase.

La oscuridad era muy molesta y David se decidió, al encontrar un gancho en su camino, a colgar su linterna, haciéndola apuntar hacia el fondo. Después la encendió.

Había dos hombres-rana en el fondo de la bodega, que fueron sorprendidos por la luz que les dio de frente. Y los miembros del equipo de Blood se lanzaron velozmente hacia ellos, disparando sus fusiles, cuyos dardos partieron con escalofriante silbido.

Cuando David llegó al fondo, los dos hombres yacían atravesados por todas partes. Y la sangre, al salir de las heridas, formaba una mancha que iba agrandándose por momentos en el agua.

Con las linternas comprobaron poco después la existencia de una puerta que estaba herméticamente cerrada y tras la que debía esconderse el resto de la batida. Podía ser también que hubieran penetrado en algún compartimiento estanco, pudiendo gozar de aire que se conservaría puro durante un cierto tiempo o que producirían con alguna máquina.

No pudiendo abrir aquella puerta sin la ayuda de un soplete especial, David dio la orden de retirada, ordenando que arrastrasen los cuerpos de los dos muertos hasta la brecha.

Les ayudó a pasar el agujero y fue entonces cuando vio que un objeto se desprendía del cuerpo de uno de ellos por un orificio que uno de los arpones había abierto.

Era una cartera y Blood se apoderó de ella, guardándosela en el cinturón.

Llevaban todas las linternas encendidas y aquello permitió que David pudiera ver una especie de esferas que colgaban de la quilla del barco.

¿Qué sería aquello?

Ascendieron hacia la superficie, trepando al yate por la red que a tal efecto habían dispuesto los de arriba.

Milner y su socio, así como la muchacha, esperaban ansiosos.

Al ver los cuerpos de los dos hombres que habían matado en las profundidades, Alan dio una orden seca y unos marineros se los llevaron. Mientras, los hombres-rana se estaban quitando las gomas y los lentes.

David explicó lo que había visto y habló de la puerta.

Milner movió la cabeza y dijo:

—Debíamos haber pensado en eso. Pero no importa. Mañana bajaremos de nuevo y esta vez llevaremos un buen surtido de sopletes. Ahora vayan a descansar. Se han portado maravillosamente.

Chris se unió al joven, acompañándolo hasta el interior de las cabinas.

—Ten mucho cuidado, querido. Esos bandidos, como has visto, son peligrosos. No me perdonaría nunca que te ocurriese algo.

—No te preocupes, cariño.

La besó en la puerta y pasó luego al interior de la cabina para quitarse el equipo y dejarse caer en el lecho. Pero cuando iba a hacerlo oyó el ruido que hacía al caer la cartera que había tomado a uno de los muertos.

Se inclinó y la recogió del suelo.

Luego la abrió y extrajo una carta de identidad, con una fotografía y unos datos cuya lectura le hicieron estremecerse hasta lo más hondo de los huesos.

—¡Dios mío! —exclamó.

Porque aquella documentación pertenecía a Tony Steweens, segundo de a bordo del «América», al que los hombres del equipo habían matado.

¡Ahora lo comprendía todo!

Tenía que hacer algo inmediatamente, sin perder un solo segundo, antes de que la catástrofe se produjese sin remedio.

Volvió a ponerse el equipo y abandonó luego la cabina, caminando sobre las puntas de los pies, procurando hacer el menor ruido posible. El interior del barco parecía desierto y así pudo llegar al lugar donde estaban los cilindros de oxígeno y las máscaras, poniéndose una carga doble.

Después salió a cubierta.

Le pareció escuchar un ruido hacia la izquierda y se quedó quieto, conteniendo la respiración, y esperó un par de minutos. Después, ya tranquilizado, prosiguió su camino hacia la red.

No podía lanzarse al agua desde cubierta, ya que podían oír el chapoteo de la caída. Por eso eligió la red; así entró en el agua en el más completo silencio.

Si hubiese mirado hacia arriba en aquel momento hubiera visto un rostro que, con el ceño fruncido, le estaba observando.

Pero sus preocupaciones le absorbían totalmente y sólo se preocupó de hundirse velozmente, avanzando hacia el fondo a la mayor velocidad posible.

Una vez ante la brecha, encendió la linterna y avanzó, con los nervios en tensión, rogando con toda la fuerza de su alma que no hubiese nadie en la bodega.

Llegó finalmente hasta el fondo, deteniéndose ante la puerta de hierro que habían pensado cortar con el soplete.

Sacó entonces el cuchillo y, tomándolo por la hoja, empezó a golpear en la puerta, rítmicamente, en Morse, enviando el más desesperado mensaje que jamás había formulado en su vida.

«Escuchen... escuchen... escuchen y contesten, por favor...»

Esperó con ansiedad.

Había pegado el oído a la plancha, mordiéndose los labios de impaciencia y aplastando el tubo de goma entre los dientes.

Y de repente empezaron a golpear al otro lado. Preguntaban qué deseaba.

David contestó inmediatamente.

No le importaba mentir y por eso dijo que era un agente de la SIP y que había llegado en un buque de gente que sin duda deseaban apoderarse del «América». Explicó también el hallazgo de la cartera del segundo y su esperanza de que los que le escuchaban fuesen los tripulantes del barco atómico.

«No podemos creerle — fue la irritante respuesta —. Somos, en efecto, los tripulantes del «América», los pocos que quedan, pero lucharemos hasta que la policía llegue hasta aquí...»

David estaba desesperado.

¿Cómo convencerles de su sinceridad?

Pero, de repente, una idea luminosa acudió a su mente.

«¡Escuchen!... ¡Soy David Blood! ¡Mi hermano Robert debe estar con ustedes! ¡Llámenle y se convencerán!...»

Tuvo que esperar lo que le pareció una eternidad.

Después, comenzaron nuevamente los golpes.

«Soy Robert Blood».

El corazón de David dio un salto.

«¡Yo soy tu hermano, Bob!»

«No lo creo».

«¡Es cierto! ¡Te lo juro! »

«¿Cómo puede demostrarlo?»

Ahora, David sonrió.

«¡Cabezota! — transmitió, alegremente —. Estuviste a visitarme en la

SIP poco antes de tu marcha. Luego fui a ver a Daisy, que está bien... y deseando decir a su hijo que su padre es el más testarudo de los hombres... ¿Te convences ahora?»

Una pausa; después le dijeron:

«¡Espera un momento, David! ¡Vamos a abrirte! ¡Espera, hermano!»

A David le asomaron las lágrimas a los ojos.

Pero mientras esperaba a que abriesen la puerta, una silueta, junto a la brecha, experimentaba una tremenda desesperación.

Era Chris.

Había seguido a David, extrañada de aquella inesperada salida de él, cuando la muchacha paseaba por cubierta.

Al verle vestido con el equipo, pensó que deseaba investigar por su cuenta, con objeto de dar una agradable sorpresa a su padre. Por eso se vistió rápidamente y se lanzó al agua.

Mas ahora...

No cabía duda de que David era un traidor y se hallaba en contacto con la banda de granujas que había en el buque y que querían robar las mercancías que pertenecían a su padre.

Lloró al ver que la puerta se abría y que David desaparecía en su interior. No cabía la menor duda de su traición.

Y con el corazón lleno de la más cruel de las amarguras, volvió a la superficie, dirigiéndose al camarote de su padre, en cuanto subió al yate. Lo despertó acto seguido y le contó cuanto había presenciado.

CAPÍTULO IX



Por otro lado de la puerta, por la que el agua penetró con fuerza, David se encontró en lo que vulgarmente se conoce con el nombre de compartimiento estanco o más técnicamente como «cámara de descompresión»

Tuvo que esperar un rato hasta que las bombas terminaron de expulsar el líquido que había entrado con él. Entonces, una trampa se abrió encima de él y una escala de cuerdas le indicó el camino que debía seguir.

Subió a toda velocidad.

¡Allí estaba Bob!

Arrancándose el equipo, David se lanzó en los brazos de su hermano, abrazándose ambos fuertemente.

—¡Dios santo! — exclamó Bob —. ¡Si parece mentira! ¡Tú aquí! ¿Y dices que Daisy está bien? ¿De veras?

Las preguntas se precipitaban una tras otra y David no sabía qué decir.

Pero David no podía perder el tiempo. Sabía que no le era posible volver demasiado tarde al barco, ya que su ausencia podía ser descubierta.

—¿Y el capitán, Bob?

—Ven conmigo. Estamos reunidos en la sala superior... donde me parece que llevamos una eternidad. Vamos.

David se encontró momentos más tarde con un grupo de hombres, unos cincuenta, de rostros serios, con la frente cubierta de arrugas y ojos en los que se pintaba una luz mortecina, y cansada.

Le fue presentado el capitán, al que explicó las circunstancias que le había llevado hasta allí.

—No hay duda alguna — resumió luego — que Milner y su socio están interesados en apoderarse de la carga del «América» y que son ellos, todavía no sabemos cómo, los que provocaron su hundimiento.

—Así debe ser — repuso Lew Winston, que había recibido como un duro golpe la noticia de la muerte de su segundo —. Gracias a nuestro ingeniero Cronin pudimos librarnos de la muerte, metiéndonos en esta cámara, que él, merced a un motor que llevaba en ella, ha llenado de oxígeno y de luz. Después salimos con algunos equipos de hombres-rana que teníamos, pero chocamos con otros que hacían guardia en el exterior. Creo que herimos o

matamos a algunos, pero también tuvimos pérdidas, dándonos cuenta de que no podríamos comunicarnos con el exterior.

—¿Y los demás?

—Murieron. No todos pudieron venir aquí, y el agua, por otra parte, destrozó los mamparos, ahogando a muchos desdichados. De no haber sido por Cronin, la misma suerte hubiésemos corrido nosotros.

—Lo comprendo.

Y después de una pausa, el capitán preguntó:

—¿Qué vamos a hacer?

—No hay más que una posibilidad—repuso Blood—. Volveré al barco y penetraré, cuando no se den cuenta, en la cabina de radio, comunicándome con la SIP. Ellos vendrán a buscarnos inmediatamente.

—Es cierto.

—Mientras, yo les ruego que se defiendan.

—¿Por qué?

—Mañana vendremos a perforar la puerta, No sé cómo nos las arreglaremos, pero hemos de evitar, sea como sea, que penetren aquí.

—Ya nos las arreglaremos nosotros —repuso el capitán—. Usted procure estar lejos de la puerta, puesto que nos veremos obligados a hacer fuego contra los asaltantes.

—Muy bien.

—Pero, por lo que más quiera, comunique con la SIP. No nos deje más tiempo aquí. Llevamos mucho y todos nosotros tenemos la impresión de que estamos enterrados en vida.

—No se preocupe. ¿Podría hacer algo por mí?

—¿El qué?

—¿Poseen aún equipos de hombre-rana?

—Sí, nos quedan cuatro.

—Es que se me acaba de ocurrir una idea.

—¿Cuál?

—Mi hermano podría venir conmigo. Así, si algo me ocurriese a mí, podría comunicar con la SIP.

—¿Es que temen que le descubran?

—Nadie me ha visto salir del barco; pero ¿y si alguien ha pasado por mi cabina? Al verla vacía, habrá sospechado, dándose cuenta de que ha desaparecido también un equipo completo. Pueden disimular, aunque yo, si han descubierto mi marcha, puedo decir que salí para echar una ojeada a la puerta; pero, de todos modos, prefiero que mi hermano venga conmigo. Lo ocultaré en alguna parte y podrá hacer algo si yo me veo imposibilitado.

—Me parece muy bien.

Poco después, los dos hermanos abandonaban el barco. Antes de salir a la superficie, Bob esperó a que David estuviese ya en el barco, cuya cubierta estaba desierta, pues no tenían vigilancia en aquel lugar tan apartado.

Bob salió después y su hermano le ocultó en uno de los departamentos del puente, donde sería difícil que le descubriesen.

Luego, David se fue a dormir.

No pudo, naturalmente, conciliar el sueño. Aquella noche no se había atrevido a pasar por la cabina del telegrafista, pero pensaba hacerlo en el primer momento que le fuera posible.

A la mañana siguiente, se levantó como si nada hubiese ocurrido, y salió a cubierta para reunirse con el resto del equipo.

Faltaba el padre de Chris y su socio.

Preguntó a uno de los marinos si había visto a la muchacha y el hombre le contestó que la señorita estaba indispuesta y que no había salido de su camarote.

No fue aquello lo que extrañó al joven, sino la sonrisa triunfante que le dedicó Scully, al que vio en cubierta, preparando a los hombres con sus equipos.

No dijo nada.

Era imposible que le hubiesen visto abandonar el barco. Y, por otra parte, tampoco habían descubierto a su hermano, como pudo comprobar poco después, en una escapatoria de breve duración.

Al salir de nuevo a cubierta, un hombre le dijo que el señor Milner le llamaba.

Fue al despacho de Alan. Allí estaba con su socio. Ambos le miraron con una sonrisa que no gustó nada al joven.

—¿Preparado, David? —inquirió Milner.

—Sí, señor.

—¿Cree que podremos derribar esa puerta en poco tiempo?

—Sí. No es muy fuerte: así me lo pareció cuando la vi.

—Perfectamente. Hemos cambiado un poco el programa y será Ted el que manejará el equipo de sopletes. Usted y Scully vigilarán la maniobra desde fuera de la abertura del casco.

David frunció el ceño.

—¿Desde fuera?

—Sí. Hemos descubierto, por pura casualidad y gracias al sonar, que los granujas de dentro están intentando salir por otro lado. Ya supone usted lo que nos costaría el que cogiesen a nuestros muchachos por la espalda.

—Lo comprendo.

—¿Estamos de acuerdo entonces?

—Sí, señor.

—Pues en marcha y mucha suerte.

—Gracias.

Blood salió del despacho mucho menos convencido y contento que nunca. Se daba cuenta de que algo raro había pasado y que era muy posible que le estuviesen tendiendo una trampa. Pero no le importaba.

Tenía que bajar al fondo, dando así una posibilidad a Bob para que llamase a la SIP.

Mientras se ponía su equipo, vio sonreír a Scully, que estaba seguro no le había perdonado jamás su derrota.

Gerard se acercó a él:

—¿Preparado, capitán? —inquirió.

Había mucha sorna en el tono de su voz, pero David no se dio por aludido y contestó simplemente:

—Sí, preparado.

—¿Te han dicho ya lo que tenemos que hacer?

—Sí.

—¿Vamos entonces?

—Cuando quieras.

Se fueron lanzando al agua y descendieron hasta que todos ellos estuvieron en el fondo. Allí, Ted Leekey se alejó con los demás, penetrando en el barco por el orificio de siempre.

Scully y Blood se quedaron fuera.

Por una parte, David se alegraba de que le hubiesen dejado allí, puesto que de haberle ordenado abrir la puerta, se hubiese expuesto al fuego mortífero que los ocupantes del barco estaban dispuestos a hacer sobre los asaltantes.

Pero no terminaba de comprender enteramente los motivos que habían impelido a Alan a aquel cambio de planes. Además, la desaparición de la muchacha le intrigaba mucho.

Mirando de reojo a Scully, vio que los otros desaparecían en el interior del casco del «América».

Después se volvió hacia Scully. ¡Y lo hizo a tiempo!

Gerard se había alejado en rápidas brazadas y montado el fusil neumático, con el que ahora apuntaba a David. Éste, desesperado, echó mano al suyo, al tiempo que el primer dardo pasaba rozando su cabeza.

Oprimió el gatillo, pero no se produjo la esperada descarga. Blood se dio cuenta de que había caído en una trampa fatal.

Scully estaba, cargando de nuevo su arma.

Tenía que huir cuanto antes; escapar a la demoníaca puntería del otro que, tarde o temprano, sabiéndose superior, terminaría por clavarle un arpón en la espalda.

Empezó a nadar.

¡Ssssss...!

Un darlo le rozó y David cambió de posición a toda velocidad. Aunque era inútil defenderse contra el otro que, además de nadar con el mismo ímpetu que él, poseía la superioridad de su arma.

Esta vez, al tercer disparo, David sintió un golpe contra uno de los tubos que llevaban el aire a sus pulmones desde los depósitos.

¡Scully había conseguido perforar uno de ellos!

Tapando el agujero con una mano, Blood prosiguió su huida, aunque sabía que era inútil, a la vez que maldecía su estúpida confianza que le había impedido revisar el funcionamiento de su arma antes de lanzarse al agua.

Ahora estaba claro que Alan y su socio sabían que había salido la noche anterior y que, sencillamente, deseaban terminar con él.

Pensó en Bob y deseó ardientemente que por lo menos su hermano consiguiese llamar a tierra, salvando a los desdichados que quedaban en el interior del barco.

Había nadado en redondo y estaba cerca de la abertura. Pensó, por un momento, que si lograba llegar hasta allí, podría escapar, al menos por el momento, a la furiosa persecución de Scully. Pero éste le cortó el paso.

Viéndose perdido, David puso sus espaldas en el casco del buque y sacó su cuchillo. Estaba dispuesto, en lo posible, a esquivar los dardos del otro y lanzarse sobre él en cuanto Scully los hubiese agotado. Si es que no moría antes...

Gerard cargó el arma.

Con los nervios en tensión, David le vio apuntar y, como no estaba muy lejos, también vio su sonrisa feroz, detrás del cristal de sus lentes submarinos.

Había llegado el momento.

Y fue entonces, en el momento que Scully apuntaba con saña, dispuesto a no fallar aquella vez, cuando un silbido, procedente de la derecha, hendió el agua y Scully se encogió hacia aquel lado, dejando ver el arpón que le salía por la espalda.

Un líquido rojo lo envolvió rápidamente.

Sin salir de su asombro, David vio la silueta que avanzaba, dándose cuenta de que se trataba de Chris.

Nadó hacia ella a toda velocidad.

Y allí, en el agua, se estrecharon fuertemente, mientras él observaba, a

través del cristal de las gafas, que los hermosos ojos de la muchacha se inundaban de lágrimas.

Ella tiró de él, cogiéndole de la mano y haciéndole subir a la superficie, pero lo dirigió al lado opuesto de donde estaba la red.

Se quitaron las gomas. David exclamó, en tono bajo.

—¡Chris! ¡Me has salvado la vida!

—¡Perdóname, David!

—¿Perdonarte?

—Sí. He estado a punto de ocasionar tu pérdida, la pérdida de lo que más quiero en este mundo.

—Pero...

—Déjame hablar. Anoche, cuando saliste de tu cabina, yo estaba paseando por cubierta.

—¿Me viste?

—Sí, pero suponía que ibas a echar una ojeada a la puerta que teníais que destruir hoy. Salté al agua, loca de contenta por poderte dar una sorpresa..., pero cuando te vi comunicar con los otros...

—Es que...,

—Calla, David. Subí a cubierta y corrí a despertar a mi padre, al que comuniqué lo que había visto.

—Comprendo.

—Pero, poco después, sin saber por qué, volví a su habitación. Estaba hablando con su socio y lo que oí fue horrible..., ¡Horrible!

—¿Qué oíste?

—Hablaban sin ambages, sin tapujos. ¡Son unos criminales, David! Este barco que hay aquí abajo es el «América» y ellos provocaron su hundimiento.

—Lo sabía.

—Me enteré de que los hombres que estaban dentro eran los supervivientes de la tripulación. Ellos, creyendo que todos habían muerto, mandaron aquí a uno de los falsos equipos deportivos que mi padre ha formado. Pero los tripulantes se defendieron y mataron a dos de ellos. Por eso vinimos aquí.

—¿Y tú no sabías nada?

—¡Nada! Anoche mi padre se me apareció sin máscara... y me di cuenta de que sólo me quedabas tú. Por eso, al oírles que fraguaban tu muerte, no pude contenerme y penetré en la cabina, tratándoles de asesinos.

—¡Oh!

—Me encerraron en mi camarote, pero yo he conseguido huir. Cogí un equipo y un fusil y bajé al fondo, dispuesta a jugarme la vida para defender la

tuya.

—¡Querida!

Se abrazaron de nuevo.

David, poco después, dijo:

—Debes esperarme aquí, Chris... Mi hermano está ahí arriba y debo ayudarle. Te llamaré en cuanto haya acabado todo... He de darme prisa para poder impedir que Ted se apodere de la nave.

—Está bien. Te esperaré... pero no tardes mucho...

CAPÍTULO X



STABA esperando Bob a que la quietud se hiciese en el barco, antes de abandonar el escondite que su hermano le había buscado

Luego salió.

El pasillo estaba desierto y David le había explicado dónde se encontraba la cabina del radiotelegrafista. Así, Bob se dirigió hacia aquel lado, caminando con todo cuidado y procurando hacer el menor ruido posible.

Al detenerse ante la puerta de la cabina, oyó que alguien tosía en el interior, asomándose después para echar una ojeada.

Había un hombre joven, de cabellos rojizos y rostro aniñado, sentado ante la emisora. No daba completamente la espalda a Bob, por lo que éste juzgó inútil el primitivo plan que había elaborado de atacarle por detrás.

Juzgó mejor jugarse el todo por el todo.

Así que penetró de repente, con una sonrisa en los labios.

—¡Hola!

El otro se sobresaltó, volviéndose rápidamente hacia él.

—¿Qué desea?

—Me manda el capitán — dijo Blood, sin dejar de avanzar suavemente hacia él.

—No le conozco a usted.

—¿No? ¡Pero si soy el nuevo técnico submarinista! Lo que ocurre es que no hemos sido presentados y...

Estaba ya lo suficientemente cerca del otro.

El brazo derecho de Bob salió disparado, como una exhalación, golpeando en la barbilla al desprevenido radiotelegrafista, que salió disparado hacia atrás, desplomándose como un peso muerto.

Robert lo puso a un lado, ocultándolo de los que pudiesen mirar desde la puerta. Luego se sentó ante la emisora; buscó la longitud de onda que necesitaba y empezó a llamar después:

—Aquí, llamando a la SIP... llamando a la SIP... Atención a todos...

—¿Diga?

—¿SIP?

—Sí. Soy el hermano de David Blood, agente de la SIP... estamos sobre el «América», en un yate de color crema...

—¿Dónde se encuentran?

—No lo sé exactamente, pero estamos al norte, no muy lejos de Groenlandia. ¡Vengan cuanto antes!

—Así lo haremos. Saldrá una patrulla aérea ahora mismo... ¿Tienen dificultades?

—Muchas. Yo...

Algo frío se había apoyado en su cuello.

Alan y su socio estaban allí, el segundo empuñaba una pistola, cuyo cañón proporcionaba aquella helada sensación en la nuca de Bob.

Luego se alejó.

—¡Vuélvete!

Bob obedeció.

Se daba cuenta de que su situación no era nada brillante, pero poco le importaba ya, puesto que había conseguido llamar a la SIP.

—¿Así que eres el hermano de David? —inquirió Alan.

—En efecto. Y pueden hacer lo que quieran... Están perdidos.

—Aún no —rio el padre de Chris—. Vamos a largarnos de aquí a toda velocidad y esa patrulla no nos encontrará. Hay muchos sitios por aquí cerca en los que un yate como éste puede ocultarse.

—¿Y los hombres que han enviado abajo?

—Si lo dices por tu hermano, no debes preocuparte. Scully ha debido terminar ya con él.

—¡Canallas!

—Puedes insultar cuanto quieras... porque ahora te toca a ti.

—¡Mátelo, Lewis!—ordenó a su socio.

El otro levantó la pistola.

Y en aquel momento, una figura extraña, la de un hombre-rana, cruzó la habitación como una flecha y golpeó en la nuca al que empuñaba la pistola.

El hombre se inclinó y el disparo se clavó en el suelo.

David lo desarmó y apuntó a los dos cómplices.

—¡Basta de comedia! —exclamó—¡El telón ha caído!

Luego se dirigió a su hermano:

—En la habitación de estos pájaros hay pistolas y un rifle. Apodérate de ellos y domina a la tripulación. Llama también a Chris... Está a babor, junto a popa. Dile que ya puede subir.

* * *

Callowan se hallaba sentado en el lujoso despacho de Alan en el yate. Había estado interrogando a los culpables durante parte de la noche, después de saludar a los tripulantes salvados del «América», que ahora descansaban en sus respectivas cabinas.

El jefe de la SIP tenía un enorme habano entre los labios.

Pat Sullivan, a su lado, sonreía. Y cuando el último encartado hubo abandonado la cabina preguntó:

—¿Contento, eh?

—Mucho. Ese Blood es un tío formidable.

—¡Quién iba a pensar en la existencia de piratas en nuestra época!

—Todas son buenas para los granujas que tienen un poco de cerebro... Está visto que cuando Alan Milner conoció a Lewis Olmer se comprendieron en seguida, aunque éste, su socio, como Alan le llamaba, no aparecía más que en determinadas ocasiones.

»En cuanto se conocieron, forjaron el plan de apoderarse de la carga de los mejores barcos del mundo. Olsen era un ingeniero de primera categoría, a pesar de que su hábito a la bebida lo había estropeado bastante y alejado de los sitios donde hubiese podido tener excelentes empleos.

—Así es.

—Y fue una lástima que un hombre de su valía no trabajase para el bien, porque sus descubrimientos darán mucho que hablar.

—¿Te refieres a las «sanguijuelas»?

—Sí. Ya has oído que las llamaban así. Un procedimiento curioso, ¿verdad?

—Sin duda.

—Fíjate bien, Pat, que antes de que el «América» partiese de Nueva York, unos hombres-rana, de los famosos equipos deportivos de Alan, habían colocado bajo el casco del barco y bajo la línea de flotación, justo en el sitio donde estaban las cámaras de los reactores, una docena de esferas, unidas al casco por un cable de singular espesor y una ventosa que justifica el nombre de «sanguijuelas».

—¡Y con razón!

—Cada, esfera era un maravilloso aparato que marchaba con exactitud matemática. Así, en determinado momento, empezaron a «absorber» la energía de los reactores, que acumulaban en su interior.

—Chupaban la energía como las verdaderas sanguijuelas lo hacen con la sangre.

—Eso es. Y el «América», sin ninguna causa aparente, se quedó inmóvil, sin energía, en un lugar que Alan y su socio conocían de antemano.

—Pero no fue eso solo.

—No. Las esferas, una vez cargadas de energía, desarrollaban una fuerza colosal, nacida de esa misma energía, atrayendo al barco hacia el fondo del mar...

—... que, naturalmente, no era demasiado profundo en el lugar elegido por esos bandidos.

—Así es. Luego, cuando el barco estuvo hundido y los piratas creyeron que todos los tripulantes habían muerto, mandaron un equipo de submarinistas, quedando sorprendidos al verse atacados cuando intentaron penetrar en el barco para apoderarse de su preciosa carga.

—Y así fue como tuvieron que formar otro equipo. Para ellos tenían a un agente muy listo, el llamado Fly, que recorría los sitios donde podían abundar los buenos nadadores: los puertos, las playas...

—¡Fue una casualidad que encontrasen a David!

Callowan sonrió.

—También la policía vive de casualidades, Pat. ¿No es cierto?

—Tienes razón. ¿Qué sería de la policía si el azar no la ayudase de vez en cuando?

—Pero ese muchacho ha sabido comportarse como un verdadero agente de la SIP.

Pat frunció el ceño.

—¡Arrea! ¿Es que no lo es?

—A medias...

—¿Eh?

—Lo que oyes, amigo mío. Siempre me ocurre algo parecido. Cuando un agente demuestra su clase... ¡paff!

—¿Paff? ¿Qué?

—Que una mujer se mete por medio. Y cuando esa mujer tiene unos hermosos ojos zarcos, como Chris Milner...

—¡Una muchacha valiente!

—Y decidida. Seguro que si intentásemos decirle que debe abandonar a David, cogería uno de esos fusiles submarinos y nos haría correr un rato.

—Pero tú no piensas decírselo, ¿verdad?

—¿Yo? ¡De ninguna manera! La vida es eso, amigo mío...

—Pero no para nosotros.

Callowan encogió los hombros.

—Nosotros somos distintos, Pat... Tú y yo formamos un mundo aparte.

—Desde luego.

Y callaron.

Pat, con su cigarrillo en la mano y Callowan, con el habano de la victoria del que salía un chorro de humo.

* * *

Los dos jóvenes atravesaron el jardín que rodeaba la casita, a las afueras de la ciudad.

David llamó a la puerta.

Luego se volvió a la muchacha y dijo:

—Es posible que no estén.

—Yo creo que sí.

En efecto, la puerta se abrió momentos más tarde y Bob apareció, sonriente, y se hizo a un lado.

—¡Vaya sorpresa! ¿Sabes que llevamos una semana esperándoos?

—Lo suponíamos.

Y penetraron en la casa.

Bob se llevó el índice a los labios.

—No haced mucho ruido, por favor.

Les precedió, hasta abrir una puerta al fondo. Desde el umbral pudieron ver a Daisy, que descansaba en su lecho, con una cuna al lado.

—Está dormida.

—Sí, no la molestes.

Bob volvió a cerrar la puerta y salieron al salón.

—Sentaos. ¿Qué ha sido de vuestra vida?

—Hemos estado en Florida — dijo David —. Ya sabes que no podemos estar muy lejos del agua.

—La comprendo. ¿Y tu trabajo?

—¿Cuál?

—El de la SIP.

—Tuve que dejarlo... parcialmente.

—¿Qué quieres decir?

—Ya sabes que cuando un agente se casa, causa baja automática en la SIP.

Bueno, pues yo ya me consideraba baja en ella, cuando recibí una llamada del «Viejo».

—¿De Callowan?

—Sí,

—¿Para qué te quería?

—Fuimos Chris y yo... Estábamos extrañados y curiosos al mismo tiempo. Nos recibió muy bien y me habló de un proyecto para formar unas Brigadas Submarinas, ya que el caso del «América» imponía la creación de un organismo de esa clase.

—No es mala idea.

—Desde luego. Y me propuso ser el profesor de los muchachos que irán destinados a las Brigadas.

—¿Entonces, continuas en la SIP?

—Ya te he dicho que a medias.

Intervino Chris... que sonreía:

—Tenemos una casita en las afueras de Washington...

—¿Apuesto cualquier cosa a que no lejos del Potomac?

Rieron los tres.

Y la muchacha aclaró:

—En efecto. Estamos cerca del río, pero también tenemos una piscina magnífica. Aunque la usamos muy poco.

—¡No lo creo!

—De verdad, Bob. David tiene todo un grupo de ellas en la SIP... y yo también.

—¿Tú?

—Sí, yo.

—¿Cómo es posible?

—Una sorpresa de Callowan. Me ha nombrado profesora de natación de los agentes femeninos.

—¡Santo Dios! ¡Ese hombre es terrible!

—¿Por qué?

—Porque esta vez no sólo no ha querido perder un agente, como casi siempre le ocurre, sino que ha ganado dos.

—Es cierto.

Un llanto agudo se escuchó desde la otra habitación y todos corrieron hacia ella.

Daisy tenía al pequeño Robert en los brazos.

Saludó a la pareja, dejando que Chris lo cogiese después en los brazos.

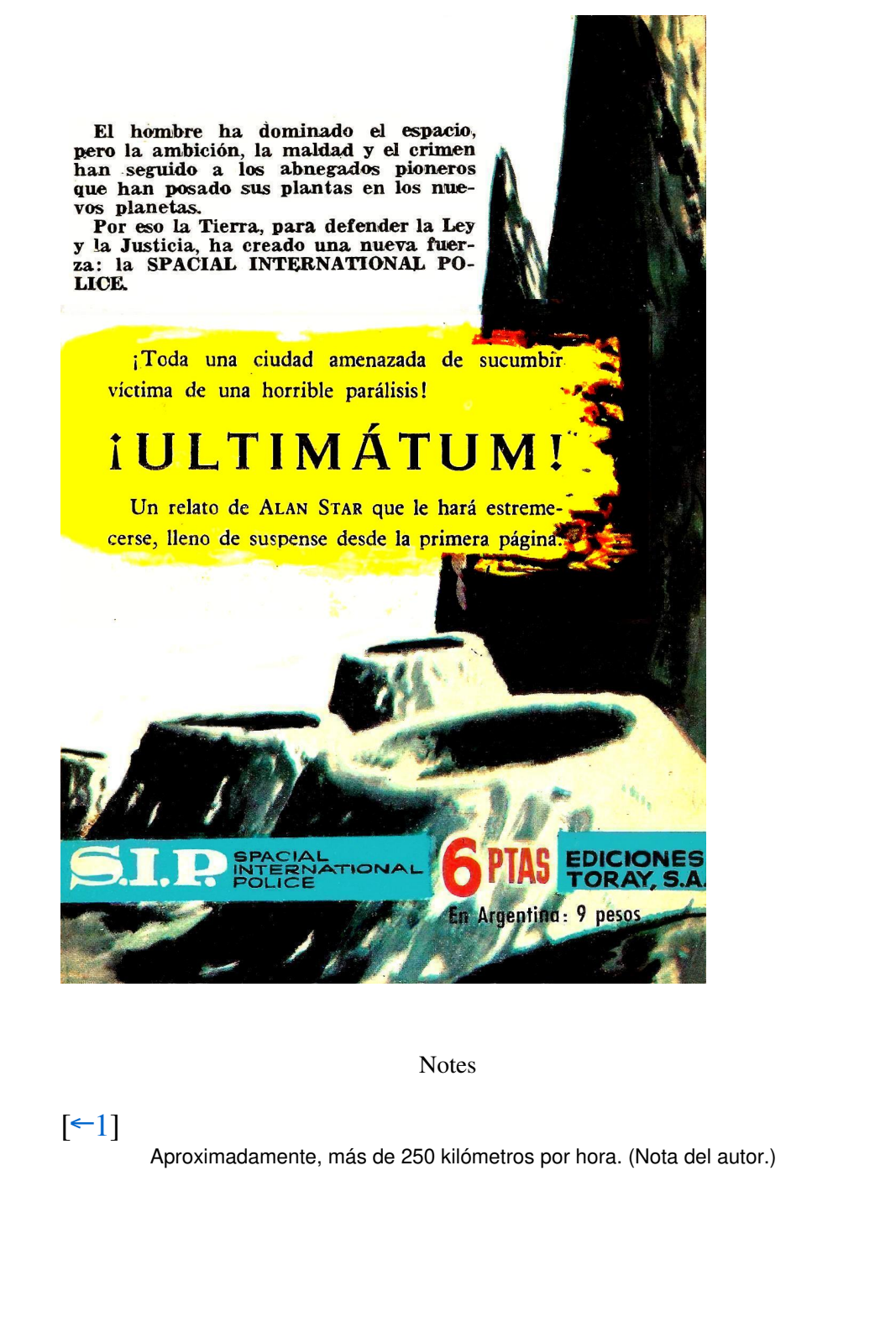
—Es muy guapo, ¿verdad?

Pero el chico seguía llorando.

Y David dijo:

—Yo no entiendo de belleza masculina, pero lo que sí puedo afirmar, por los pulmones de mi sobrino, es que será capaz, en cuanto yo lo enseñe a nadar, de permanecer seis minutos debajo del agua...





El hombre ha dominado el espacio, pero la ambición, la maldad y el crimen han seguido a los abnegados pioneros que han posado sus plantas en los nuevos planetas.

Por eso la Tierra, para defender la Ley y la Justicia, ha creado una nueva fuerza: la SPACIAL INTERNATIONAL POLICE.

¡Toda una ciudad amenazada de sucumbir víctima de una horrible parálisis!

¡ULTIMÁTUM!

Un relato de ALAN STAR que le hará estremecerse, lleno de suspense desde la primera página.

S.I.P. SPACIAL
INTERNATIONAL
POLICE

6 PTAS

**EDICIONES
TORAY, S.A.**

En Argentina: 9 pesos

Notes

[←1]

Aproximadamente, más de 250 kilómetros por hora. (Nota del autor.)

[←2]

Estado de una embarcación quieta, aunque con las velas tendidas y largas las escotas. "estar al paio"

[←3]

Es sabido que llegado un cierto momento, la contención de la respiración es imposible, ya que el anhídrido carbónico de la sangre actúa sobre el bulbo raquídeo, y obliga al sujeto a buscar aire para llenar sus vacíos pulmones. Por eso, los buenos nadadores procuran gastar lentamente el oxígeno, retrasando todo cuanto pueden que la reacción orgánica se produzca.